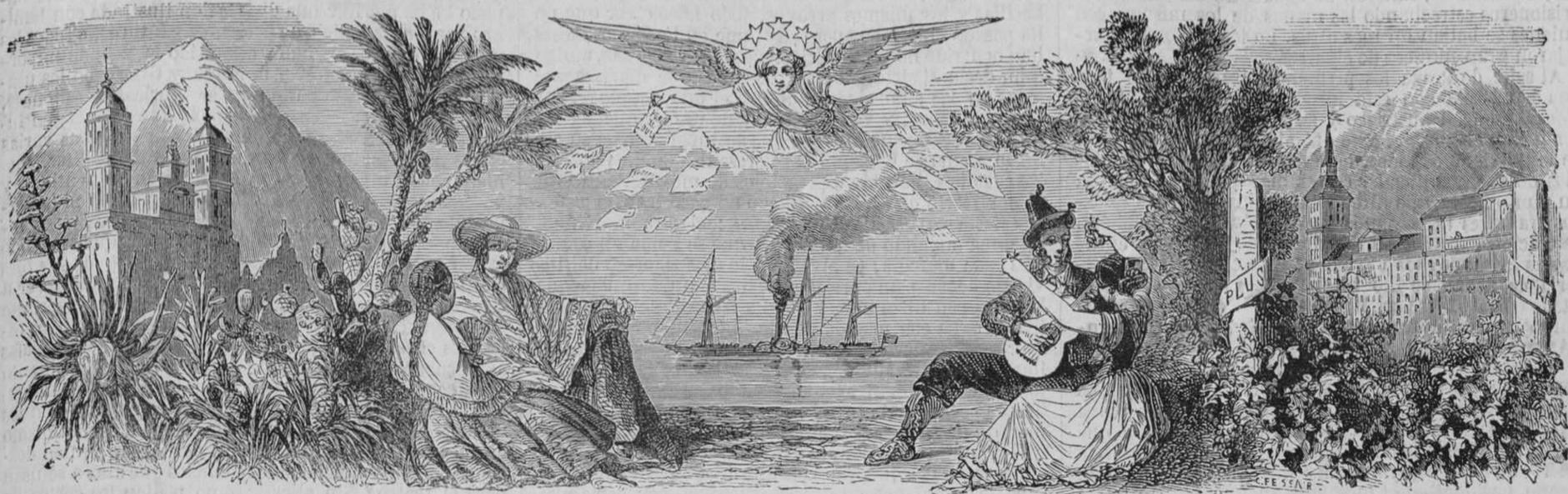


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 347.

Administracion general, passage Saulnier num. 4, en Paris.

SUMARIO.

Regreso de los prisioneros franceses á su patria; grabado. — Revista española. — Las cañoneras francesas; grabado. — Obras avanzadas de los austriacos para cubrir Peschiera; grabado. — Los turcos; grabado. — Coche de gala para el emperador del Brasil; grabado. — Revista de Paris. — Narracion épica. — Inauguracion

del monumento de S. M. el emperador Nicolás I; grabado. — Terremoto en Quito; grabado. — Para el amor y muerte no hay cosa fuerte. — Montechiaro; grabado. — La fuente de Valeggio; grabado. — El canal marítimo de Suez; grabados. — La Hija del mar. — El principe de Metternich; grabado. — Los zuavos lavando; grabado.

Regreso de los prisioneros franceses á su patria.

La despedida que han hecho los alemanes á los prisioneros franceses ha sido dignísima. En Ulm y en Stuttgard fueron recibidos los prisioneros con algun interés; pero en el gran ducado de Baden se les dispensó la cordial hospitalidad alemana. En Heidelberg



RECIBIMIENTO HECHO EN KEHL Á LOS PRISIONEROS FRANCESES PROCEDENTES DE AUSTRIA.

los estudiantes los obsequiaron y les dieron á beber cerveza del país y vinos del Rhin. En Carlsruh la legación francesa los recibió en la estación, y la población de Baden les repartió paquetes de cigarros. En Rastadt, todos los soldados de la guarnición austriacos y alemanes, desarmados, salieron al encuentro del convoy de prisioneros estrechando las manos de los mismos con quienes se batían un mes atrás. En los wagones se arrojaron gran número de cigarros.

Al salir de Praga los prisioneros izaron en el tren una banderola con esta inscripción: *Magenta, Solferino*. Un oficial austriaco y su correspondiente escolta conducían el convoy. Este oficial austriaco era el ídolo de los prisioneros todos, los cuales se deshacían en elogios de su amabilidad y cortesía, que no cambiaron un punto hasta que hubo hecho entrega de los soldados franceses al comandante encargado de recibirlos. Este acto se verificó en la estación de Kehl á los entusiastas gritos de ¡Viva Francia! En Kehl y en la cervecería de Schaff se dió un banquete al que asistió el citado oficial austriaco. Mas de dos mil vecinos de Strasburgo salieron á recibir á sus compatriotas. Pronunciáronse diferentes brindis, y se restableció militarmente el acuerdo cordial entre Francia y Alemania.

A las dos de la mañana y á merced de un tiempo magnífico, partió para las orillas del Rhin la comitiva internacional. A la mitad del puente y en el punto que señala el límite entre Alemania y Francia, la música del 10º de línea esperaba á los prisioneros y ejecutó el himno nacional en el momento en que ponían el pié en el suelo patrio. Esta escena fué de grande efecto. Varios soldados tuvieron el gusto de encontrar á sus parientes y amigos que habían salido á recibirlos. Otros se arrodillaron en actitud piadosa y besaron el suelo de Francia. En Estrasburgo se reprodujo el entusiasmo. El oficial austriaco fué recibido por el general Reibell, y los oficiales de la guarnición le hicieron los honores de la ciudad y de la paz.

Revista Española.

Lamentos de Madrid. — Recuerdos del otro verano. — Circo de caballos. — Falta de teatros. — Madama Ugalde. — Estadística teatral. — Historia filosófica de los anteojos y de los lentes. — Los hombres con abanico y sombrilla. — Certámenes literarios. — La corte en la Granja. — El santuario de la Fuencisla. — El infante don Sebastian. — Perros y cigarros.

Yo, pobrecito Madrid,
Que me vi por el invierno
Lleno de lodos y bailes,
De tertulias y de necios,
De buena gana llorara;
Mas ¡ay! que no puedo hacerlo,
Mis lágrimas son escasas
Y todas me las bebo.
A verme vino el verano,
Y al subirse sobre cero,
Dejó mis casas vacías
Y mis calles como yermos.
El apuré de mis fuentes
Los pilones medio llenos,
Y donde antes hubo linfas
Después muchachos corrieron.
Por él robaron mis joyas
Villas, ciudades y pueblos,
Por él los vestí con ellas
Y les di encima dinero.
Mis doncellas melindrosas
Seguidas del sexo feo
A bañar van en los mares
Su enciclopedia de nervios.
Otros respiran en tanto
Los céfiros del desierto
En las fértiles llanuras
De Valdemoro y Pozuelo.
Otros tragan como gloria
Aguas de azufre y de hierro,
Y vuelven, si no curados,
Penitentes á lo mepos;
Y todos hallan placeres,
Simpatías y consuelo.
En copiar la alegre vida
De los godos y los suevos.
Que hay quien deja el blando coche
Por trepar por vericuetos,
Los banquetes por el hambre,
Las charangas por cencerros.
Volved pues, hijos ingratos,
Habitantes forasteros,
Nuevos gozos os preparo:
Volved á alegrar mi seno.
Y tú, sucesor de agosto,
Mes de polvo y trastos viejos,
Derrama por las provincias
Las regaderas del cielo.
Verás cómo empacquetados
Entre tumbos y entre vuelcos
A contarnos muchas cosas
Volverán los que se fueron.

De esta suerte se quejaba Madrid, metido á poeta, gracias á un chorro de treinta grados de calor que dejaba caer el verano sobre sus tejados. Pensaba con delicia en los frios del invierno por aquello que dice Jorge Manrique:

Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

y aun tal vez pareciale á ratos que en el anterior estió no fué tan intenso el fuego despedido por los rayos de

Febo. Con este motivo recordábamos la Heróica Villa y yo (porque somos amigos y nos visitamos á menudo) recordábamos las observaciones hechas en mis paseos matinales de julio y agosto del otro año. Los mismos árboles vestidos de hojas iguales á las que secó el rigor del invierno, el mismo cielo matizado de blancas nubes y los mismos arroyos, todo hace creer que no ha pasado el tiempo; pero ¡ay! que en tan pocos meses han ocurrido no pocas variaciones. ¿Te acuerdas, amigo mío, decía Madrid, de los paseantes que diariamente veías en las alamedas del Retiro el año pasado? Pues búscalos ahora, y verás si los encuentras. Aquellas dos niñas flacas y pequeñuelas, que acompañadas de su robusta mamá se hacían las interesantes en la plaza de los castaños, han ido á principios de mes á Panticosa, y por cierto que les ha costado no poco trabajo el llegar hasta aquellas célebres aguas: el otro individuo, estampa andando de la muerte, que se bebía un estanque cada mañana, se olvidó en lo mas rigoroso del invierno de su plan curativo gracias á un destinejo que le dieron en Ultramar, y él, que tanto se cuidaba y bebía el agua con medida exacta, no temió la furia del mar y las enfermedades que tal vez le esperaban al llegar al Nuevo Mundo; el que se lavaba las manos y la cara en las fuentes ha leído en un autor de medicina que es perjudicial el fresco de la mañana y se está durmiendo hasta las doce; aquellos que...

— Y dime, interrumpí yo, ¿qué ha sido de aquella enamorada parejita que con una criada por escolta pasaba las mañanas en dulces coloquios por estas alamedas?

— Hace pocos dias precisamente un fruto de bendición ha venido á amenizar su matrimonio, y en estos momentos el dichoso papá está meciendo sentado en una silla á su tierno pimpollo que llora y rabia por mamar, mientras la tierna esposa gime y se desespera porque el médico la anunció anoche que no puede alimentar con el néctar de su seno aquella criatura. Noticia terrible, ahora que una cesantía inesperada ha venido á poner en estado de bloqueo el bolsillo de los nuevos cónyuges, ya de antes algo flaco.

— Y ¿cómo es que no viene ya á las orillas del estanque chino aquel caballero que se entretenía en echar miguitas de pan á los peces?

— ¡Pobre señor! dijo Madrid: ese sí que no volverá á pasear mas. Tranquila y libre de ambiciones se deslizaba su existencia, cuando un dia del pasado invierno se encontró acometido de grave enfermedad cuya causa no acertaba. Tres médicos acudieron á visitarle, y mientras el primero sostuvo que nuestro amigo estaba padeciendo una afección á la cabeza, el segundo aseguró que aquel mal provenía de los pulmones, y el último afirmaba con toda seguridad que el origen de tales padecimientos no era otra cosa que un callo descuidado. En fin, lo cierto es que entre la enfermedad y la ciencia abrieron al pobre señor el camino de la otra vida.

— ¿De modo que no ha quedado en disposición de pasear este año ninguno de los que lo hacían el anterior?

— Sí, mi querido cronista: aquel que se dormía sobre un banco de piedra despues de llenarse el estómago de agua; lo cual te prueba que para vivir contento y gordo no hay cosa como pasar el día durmiendo y la noche descansando y dejarse de penas y de disgustos.

— Pero eso no todos son dueños de hacerlo, y á veces aunque uno procure divertirse, no consigue otra cosa que aumentar su aburrimiento. Y á propósito de diversiones, ¿qué me dices de las que has proporcionado á tus habitantes en el mes que acaba?

— No son muchas ciertamente. El Circo de M. Price llama cada noche abundante concurrencia que aplaude los arriesgados ejercicios que allí se hacen, mientras otros aficionados á la música acuden á oír á madama Ugalde en el teatro de la Zarzuela. Ya habrás sabido que la celebrada cantatriz francesa ha gustado al público madrileño, pero las óperas cómicas no hacen fortuna en España adornadas con las inspiraciones de los compositores líricos del imperio vecino. Traducidas se han representado varias, de Auber alguna de ellas, y nunca han podido sostenerse muchas noches en la escena. En materia de música ligera y popular cada país tiene su gusto y sus aficiones, y por buena y excelente que sea una compañía de cantantes, no basta para hacer variar la inclinación natural de un pueblo.

No es pues grande, amigo mío, la concurrencia que acude al teatro de la calle de Jovellanos, y sin embargo, como ya te he dicho, madama Ugalde es aplaudida todas las noches, lo cual es prueba clara de su mérito artístico. Hasta ahora ha cantado en *le Caid*, *le Chalet*, *Galatée*, *l'Ambassadrice*, *le Toreador* y *la Fille du régiment*, siendo la tercera de estas obras la que ha conseguido mejor éxito, principalmente en el brindis del segundo acto, repetido siempre entre palmadas.

— ¿Y has hecho la estadística teatral de esta temporada? pregunté á Madrid, variando de conversacion.

— Sí por cierto; y resulta el siguiente cuadro de trabajos desde otoño hasta fin de junio.

	Origin.	Traduc.	Total.
Circo.	12	8	20
Príncipe.	20	9	29
Zarzuela.	19	12	31
Novedades.	11	4	15
	62	33	95

Como ves, las obras originales están en mayoría, y entre ellas hay algunas muy dignas de elogio.

— Preparemos pues, amigo Madrid, los anteojos, y

esperemos al otoño para mirar á través de ellos las producciones teatrales que tal vez estén ya acabando de confeccionarse.

— Anteojos dijiste, exclamó Madrid, ¡oh si vieras qué de observaciones tengo yo hechas sobre aquellos pequeños muebles! Cuando disponga de un ratillo desocupado he de escribir una disertación ilustrada con láminas que será la delicia de presentes y futuros. «Todos los pueblos, empezaré, han reconocido la grande importancia de los anteojos, y si Roma y Grecia no los usaron, es únicamente porque no se fabricaban entonces.

¿No os parece, lectores carísimos, que Júpiter, en lugar de convertirse en águila, en toro y en otras varias clases de animaluchos para enamorar doncellitas, hubiera conseguido mejor su objeto dejándose patillas y poniéndose anteojos á caballo en las narices? Si la hermosura del fugitivo Eneas produjo tan desastroso incendio en el corazón de Dido, ¿qué no hubiera podido lograr aquel guerrero aumentando el fuego de sus ojos con los cristales de unos lentes? Ya me figuro ver á Cicerón dirigiéndose á Catilina con la cara chispeante de indignación; atérrase el conspirador y tiemblan todos los espectadores; si hubiera entonces llevado gafas el elocuyente cónsul, á cada gesto, á cada movimiento de cabeza el sol reflejándose sobre los vidrios de aquellas, habría dado á sus ojos terrible semejanza con los de un gato ó los de un tigre, que viene á ser lo mismo en mayor escala. En las luchas del Circo, ¿quién desconoce la importancia de los gemelos que ahora se usan para el teatro? Sin ellos, ¿cómo podían los cortos de vista saborear y aplaudir debidamente las contorsiones arrancadas por el dolor á los que morían desgarrados por las fieras ó las posiciones académico-clásicas de los gladiadores espirantes?

Queda pues probado que si en los antiguos tiempos no conocieron los anteojos, no les hubiera pesado tener noticia de su uso y tiendas donde comprar tan útiles artefactos.

En nuestros dias las diferentes especies de anteojos que se conocen no sirven solamente para ver, sino tambien para otra porción de cosas. Aquel caballero vuelto de espalda al escenario en la tercera fila de butacas, que resplandece como un ascua de oro con el brillo de cadenas, botones y sortijas, y es en su traje un modelo de exageración y de mal gusto, lleva á los ojos continuamente dos obuses de nácar, que montados en una cureña hubieran podido dar miedo á cualquier plaza fuerte. ¿Crees tú que viene cargado con ellos para ver mejor? No por cierto: nadie ha dicho que los asnos tengan poca vista, y los trabajos á que se ha dedicado aquel individuo no atacan á la cabeza.

En manos de la elegante señora de ***, los gemelos son un pretexto para enseñar al público desde el palco un brazo alabastrino y torneado, y á Fulanita le sirven de señales para hablar desde lejos con Menganito.

Mira aquellas dos pollitas por entre las entornadas maderas del balcón dirigir la visual al cuarto de enfrente. Están atisbando á dos estudiantillos que contemplan el uno con cara de triunfo, y el otro con aspecto de envidia, una fotografía de mujer. ¿Cuánto darían las dos niñas por saber quién es ella y aun tal vez por reemplazarla!

Desde una azotea está aquel otro con un ojo cerrado y el otro junto al extremo de un antejojo de vara y media de largo. De cuando en cuando se rie con cierta candidez que tiene pretensiones de picaresca. Si le preguntases qué ve, te diría que una comida de campo en el Escorial, distinguiendo muy claramente todos sus lances y pormenores. Pero su mujer ve mas de cerca en el cuarto principal que don N. es todo un buen mozo.

Esos astrónomos dicen que están paseando sus ojos por encima de la luna: la verdad es que la ven un poco mas grande que tú y que yo, gracias á un telescopio lleno de cristales: lo demás son ilusiones científicas.

Peró entremos en la tienda de aquel óptico, y vamos viendo los anteojos colocados en el escaparate. Cada uno de ellos me parece que está puesto en una cara hecha á propósito para él. Esas gafas verdes con visillos del mismo color van á ser compradas por un empleado que con cincuenta años de servicios y setenta y dos de edad no ha podido pasar de 6,000 reales, pero en cambio ha perdido la vista hace ya mucho tiempo; aquellos lentes son de vidrios de balcón ó sea sin graduar, y los llevarán sobre sus narices un pollo que los cree tan indispensables para sus conquistas como el Cid la tizona para las suyas; estos de mas acá que tienen mango de oro, irán á poder de una señora de edad proveya, recién venida de provincias con pretensiones de elegante; esas otras gafas de armadura de oro están llamando á un médico para darle autoridad unidas á su semblante grave y meditabundo; las que cuelgan á su lado y tienen apenas visible la parte metálica de puro delgada, tienen dispuesto un porvenir glorioso. En este momento los compra aquel caballero que acaba de hacer un *tour de plaisir* por las orillas del Rhin, y anda ahora muy ocupado comprando en las tiendas de Madrid varias frioleras para enseñarlas como traídas de aquellas tierras. Esos anteojos han de ser admirados como cosa nunca vista en la corte, y como primer ejemplar venido de las fábricas de Viena.

¡Ah! y se me olvidaba lo mejor: esas otras gafas que se sujetan á las sienes con dos barras de bruñido acero iguales en tamaño á la hoja de una espada coracera, y este lente con marco de bronce de treinta y seis centímetros de diámetro: las primeras presidirán las sesiones del Ayuntamiento de ... puestas sobre la frente del alcalde cuando hable y sobre sus ojos cuando lea,

y á través del segundo se enterará de la política periódica un señor contemporáneo del príncipe de la Paz, que se queja de lo malo que se va poniendo este picaresco mundo.»

Aquí tienes pues mis observaciones sobre los anteojos ligeramente apuntadas. Coge ahora uno, y dirigiéndolo hácia las calles, observa el extraño capricho en que han dado algunos madrileños. Usurpando al bello sexo sus privilegios, contempla allí un mocito con dos bosques por patillas, que va abanicándose con tanta gracia como pudiera la mas remilgada polluela; aquí otro caballero que ya debía dejarse de calaveradas, á juzgar por lo blanco de su cabeza, llevando asomado otro de estos agitadores de aire por el bolsillo como un maton la navaja, y acullá otro que por no ponerse moreno va muy armado de paraguas, cual pudiera ir en un día del lluvioso noviembre.

¡Qué cuadros tan interesantes se preparan con estas reformas para los tiempos futuros! Figúrenos un baile, y agitando los hombres sus abanicos; ¡qué interesante estará el diputado Fulano mirando á la señorita de Tal á través de las varillas! ¡qué gracioso el señor Zutano, consejero de Estado, plegando y desplegando el país, mientras arregla de palabra la política palpitante junto al ministro de Hacienda! Despues de esto y para que haya armonía, solo queda el hacer que las mujeres fumen y lleven baston, y entonces veremos por la calle mas de un matrimonio presentando el seductor aspecto de ir el marido luciendo una blanca sombrilla, y la mujer con el puro en la boca y un garrote en la mano. Como resultado de esto, claro está que habrá de ser incumbencia de las señoritas el hacer las declaraciones de amor á los pollos y pasearles la calle y sacarlos á bailar, y que ellos se reservarán el papel de desdeñosos bajando los ojos con rubor cuando oigan ciertas cosas.

Hé aquí el siglo de oro de la sociedad moderna que viene detrás de los abanicos, y quiera Dios que de paso no dé entonces á las hembras por sublevarse y escribir periódicos políticos, que si así sucede, no os va á quedar mas recurso que dedicaros á plancharles las enaguas, ó tal vez que cargar vosotros con el mirriñaque, dejándoles á ellas los calzones ya que la levita la gastan hace tiempo.

Y dejando ya esto á un lado, mira aquí el programa de premios que se han de adjudicar por la real Academia de ciencias morales y políticas en los tres años próximos, por si quieres tomar parte en el certámen.

— Veámosle, dije yo; y Madrid me enseñó el programa, que era como sigue:

PARA EL CONCURSO DE 1860. — 1º ¿Conviene uniformar la legislación de las diversas provincias de España sobre la sucesión hereditaria y los derechos del cónyuge sobreviviente?

Examinando la legislación de Castilla y la de las provincias que se separan de ella, y considerando sus varias disposiciones con relacion á la familia, á la sociedad y á las instituciones políticas, así como las ventajas de la uniformidad y los inconvenientes de establecerla, debe procurar el que aspire al premio demostrar, en el caso de que se decida por una legislación uniforme, los motivos en que se funde el sistema que prefiere, y el tiempo y el modo de plantearlo en todas las provincias.

En el caso de no creer conveniente ó posible uniformar la legislación, debe examinar si la que rige en algunas provincias se ha de conservar íntegra ó necesita algunas reformas, y cuáles hayan de ser estas.

2º Reseña histórica de la beneficencia en España: principios que convendrá seguir para enlazar la caridad privada con la beneficencia pública: hasta dónde deben extender su accion el Estado, las asociaciones caritativas y los particulares; medios de poner en armonía esta accion respectiva, fundándola en la economía social y en el sentimiento moral y religioso.

PARA EL CONCURSO DE 1861. — 1º Ventajas ó inconvenientes de una liga aduanera peninsular, y su influencia en la agricultura, industria y comercio de España.

En el caso de decidirse por la afirmativa el autor de la Memoria, deberá examinar los obstáculos que puedan presentarse y el medio de removerlos, así como los pactos y condiciones necesarias para asegurar la reciproca utilidad de las naciones confederadas.

2º Del poder civil en España desde los Reyes Católicos; causas de su preponderancia; instituciones y clases en que se apoyaba, y vicisitudes que ha tenido hasta el establecimiento del gobierno constitucional.

PARA EL CONCURSO DE 1862. — 1º Medios de fomentar la poblacion rural en todas las provincias de España.

Debe el autor hacer un exámen del estado presente de la poblacion rural de las diversas provincias, y de los obstáculos así físicos como legales, económicos y sociales que en la mayor parte de ellas se opongan á su desarrollo y aumento, y exponer los medios mas eficaces, directos ó indirectos, que puedan emplearse por el gobierno, por asociaciones y por particulares para el fomento y prosperidad de dicha poblacion en todo el reino.

2º Estado de la agricultura, artes y comercio de España en el siglo XVI; leyes que contribuyeron á su desarrollo; causa de su inmediata decadencia; política comercial de España y su influjo en bien ó en mal de la nacion; sistema económico que la ciencia y la experiencia aconsejan seguir para fomentar nuestra riqueza pública.

Los premios que se han de conceder á las obras que á juicio de la Academia lo merezcan, consistirán cada uno en una medalla de bronce, 8,000 reales en dinero y 200 ejemplares de la obra que fuese premiada, reservando el derecho de propiedad al autor.

Además de este palenque ha abierto otro la Academia literaria y artística de Valencia, que celebrará juegos florales en los primeros dias de octubre, siendo los premios cinco, á saber:

Una flor de oro al autor de la mejor poesia en castellano que tenga por objeto celebrar un hecho glorioso de la historia de Valencia; otro igual al que lo sea de la composicion poética en lengua provenzal catalana, dedicada á *Ausias March*, que obtenga la preferencia; otro igual de una composicion en el mismo idioma, cuyo asunto, que debe ser religioso, queda á eleccion del poeta; otro facilitado por el señor don José Campo, consistente en la *Biblioteca de Autores Españoles*, para premiar la mejor oda en castellano *A la Paz*; y otro de una pluma de oro con punta de diamante, para premiar el trabajo histórico critico que mas acertadamente trate de la *Expulsion de los moriscos y sus consecuencias en el reino de Valencia*. Los trabajos literarios se admitirán hasta el 15 de setiembre.

— Y ahora, caro Madrid, dejando á un lado tus cuitas, vámonos á tomar el fresco al real sitio de San Ildefonso. En aquellos poéticos bosques encontraremos escogida concurrencia que ha ido á aquel pueblo siguiendo la corte. La publicacion oficial del embarazo de S. M. proporciona regocijos y festejos á aquellos expedicionarios, celebrándose con besamanos, con una espléndida comida y con correr las fuentes. En estos casos, á la magnífica vista que presentan aquellos abundantes y cristalinos juegos de aguas, se aumenta el lujo y aparato con que S. M. aparece entre la inmensa multitud que acude de todos los pueblos inmediatos formando una vista en extremo pintoresca.

En el último de los tres dias de funciones, S. M. para dar gracias al Señor dispuso visitar el santuario de la *Fuencisla*, situado en los alrededores de Segovia, haciéndolo así acompañada de su servidumbre. Y en pocas palabras voy á contarte la historia de este templo segun la refiere la tradicion, que no deja de ser curiosa.

Cuéntase que por los años de 1148 fué hallada una imagen de Nuestra Señora en las bóvedas de la iglesia de San Gil, con un libro en que se referia que un beneficiado habia escondido allí aquella imagen que estuvo colocada en unas peñas á la entrada de la ciudad (era de 752). Mas tarde, acusada falsamente de adulterio la mujer de un judío, iba á ser arrojada desde las altas peñas, cuando al fijar su vista en la puerta de la catedral donde estaba colocada la milagrosa efigie se encomendó tan de corazon á la Virgen, que despenada desde aquella altura llegó sana y sin lesion á lo profundo.

En vista de este milagro convirtióse y recibió el bautismo con el nombre de María del Salto, y despues de una vida ejemplar murió en 1237, siendo enterrada en el claustro de la catedral.

Tratándose despues de labrar templo propio para aquella imagen, púsose la primera piedra del que hoy existe en 12 de octubre de 1598, y se concluyó en agosto de 1613, haciéndose la traslacion de la imagen de la Santísima Virgen con extraordinario aparato y regocijos públicos.

Nuevo asunto de conversaciones y de curiosidad para los habitantes accidentales del real Sitio proporciona la vuelta á España del infante don Sebastian Gabriel de Borbon, despues de haber reconocido y jurado fidelidad á la reina Doña Isabel II al cabo de veinte y cinco años de emigracion: S. A., á quien se han devuelto todos sus honores y dignidades, salió en la noche del 21 de Nápoles, en cuya corte vivia dedicado á las letras y las artes, á bordo del *Tancredo*, magnífico vapor destinado á ser mandado por el rey en sus excursiones marítimas, y el mismo en que Pio IX hizo su viaje desde Gaeta á Portici despues del sitio de Roma. El infante, al cabo de una travesía feliz desembarcó en Alicante, habiendo recibido antes á bordo á las autoridades de esta ciudad. La reina habia dispuesto que se le hicieran los honores correspondientes, enviando desde la Granja á esperarle al caballero mayor conde de Balazote; así que al estruendo de los cañonazos del vapor napolitano se unia el de las salvas de la plaza, los vivas de las tripulaciones y el rumor de la multitud que esperaba en el puerto. Su Alteza al saltar de la falúa se arrojó y besó enternecido la tierra, y ocupando el coche que le estaba preparado, se dirigió á la colegiata entre la doble fila de tropa formada en la carrera, oyendo misa cantada y viendo despues desfilar la guarnicion desde los balcones del palacio del ayuntamiento. En Alicante se detuvo algunas horas, y desde allí dirigió el siguiente parte telegráfico:

«ALICANTE 26. — El infante don Sebastian Gabriel á S. M. la reina su amada prima y señora:

— A las siete he llegado felizmente á Alicante, y es mi primer deber al tocar el suelo español ofrecer mis respetos á V. M. Partiré para Madrid tan luego como sea posible. Suplico á V. M. que me dé su real permiso para que sin detenerme sino breves instantes vaya á besar su augusta mano y presentarle los sentimientos de mi adhesion y reconocimiento. — Suplico á V. M. ofrezca mis afectos al rey. — SEBASTIAN GABRIEL.»

Su Majestad la reina contestó que tendría un verdadero placer en recibir en el real Sitio á su augusto primo, que se dirigió á él inmediatamente pasando por la capital, donde la tropa formó á su entrada y se le presentaron las autoridades civiles y militares.

A S. A., como ya sabrás, se le han devuelto todos sus bienes, y para alojarle interinamente cuando vuelva de San Ildefonso se ha destinado el lindo palacio del Casino.

— Bravísimo, querido Madrid; con tantas noticias no sabes tú cuánto me has servido. Así ya tengo que decir en mi revista.

— Me alegro, contestó Madrid, y vamos ahora á fumar un cigarrito.

— Pícaros cigarros, vicio de humo que huele mal y sabe peor todavía.

— ¡Qué quieres! para nosotros los del sexo feo el cigarro es lo mismo que los perrillos para las mujeres, un mueble indispensable. Acerca de esto podias escribir unos versos.

— ¿Y si los tuviese ya? dije con cierto *aquel* de satisfacción y de orgullo.

— Entonces oigámoslos.

— Allá van pues. Y diciendo y haciendo saqué un papel algo arrugado del bolsillo y les leí lo siguiente, sin olvidar el título, que es hoy cosa indispensable en toda obra literaria.

FALDEROS Y TAGARNINAS.

Bien haya quinientas veces
El que inventó en nuestros dias
Los cándidos falderillos
Y las duras tagarninas.
¡Las tagarninas! ¡los perros!
Consuelos de las desdichas,
Las unas para los hombres,
Los otros para las niñas.
Que si Dios al sexo feo
Le dió la melancolía,
Tambien le dió en el cigarro
El humo que la disipa.
Y si tal vez á la hermosa
Del amor las glorias quita,
La deja del falderillo
Las inocentes caricias.
¿Dónde hay gusto como el gusto
De chupar puros ó pipas?
¡Oh! quien no fuma no sabe
Si hay en el mundo delicias.
¡Feliz quien hace besarse
Lo interior de las mejillas,
Y sorbe como los niños
El néctar de la nodriza!
Y por boca y por narices
Humo á torrentes vomita,
Cual rauda locomotora
Que va á emprender la partida;
Y entre las nubes del humo
Que el ambiente aromatizan,
Parece un dios del Olimpo
Cercado de nubes y de
Ya á bocanadas derrama
Torrentes de claras linfas,
Que á trechos bordan la alfombra
De líquida argenteria;
Ya inobservada se escapa
Alguna luciente chispa,
Dejando eternos recuerdos
En el frac ó en la camisa;
Ya en torno los circunstantes
Parece que se constipan,
Y ensalzan aquel aroma
Con sus toses repetidas.
Y si el hombre en el tabaco
El gozo encuentra y la dicha,
La hermosa por el perrillo
Novios y penas olvida.
Vedle en su falda tendido
Lamer con lengua atrevida
Ya la nieve de sus manos
Ya el carmin de sus megillas.
¡Oh! si hoy Melendez viviera
No la insulsa palomita,
Sino el faldero de Filis
Cantara en dulces letrillas.
¿Qué cosa tiene en el mundo
Mas gracia, mas poesia
Que ver á un perro jugando
Con una niña bonita?
¡Cuál en sus lanas rizadas
El labio purpúreo fija!
¡Cuál en sus brazos le estrecha
Y en su seno le reclina!
Vedla en paseos y calles
Despreciando sus conquistas
Porque el alegre cautivo
En pos de sus huellas siga.
¡Qué gritos! ¡qué maldiciones
Si algún bárbaro le pisa!
¡Y qué lágrimas si un coche
Se le convierte en tortilla!
En fin, al can la donecilla
Sus ilusiones confía,
Y la que de treinta pasa
Sus esperanzas perdidas.
Y el hombre humea y adora
Al perrito ó la perrita,
Y con el pié cuando puede
Fuertes ósculos le endilga.
Ahora bien, lectores míos,
Tal odio y tales caricias
¿Denotarán por ventura
Amor, ó celos, ó envidia?

— No sé qué contestar á esto último, dijo Madrid, pero pediré informes y haré observaciones para responderte.

— Me alegraré mucho de ello, repuse, y no habiendo mas asuntos de que tratar, creo que podemos levantar la sesion.

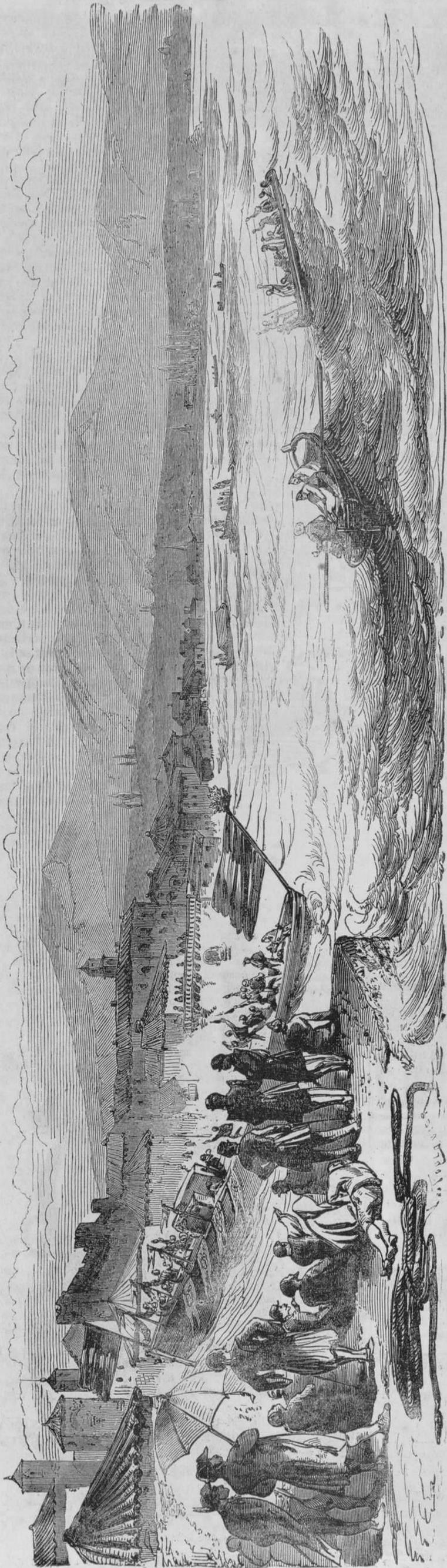
Y aprobándolo así por unanimidad, nos fuimos cada uno por nuestro lado, Madrid á sufrir nuevos calores, y yo á esperar el mes de agosto.

Madrid 31 de julio de 1839.

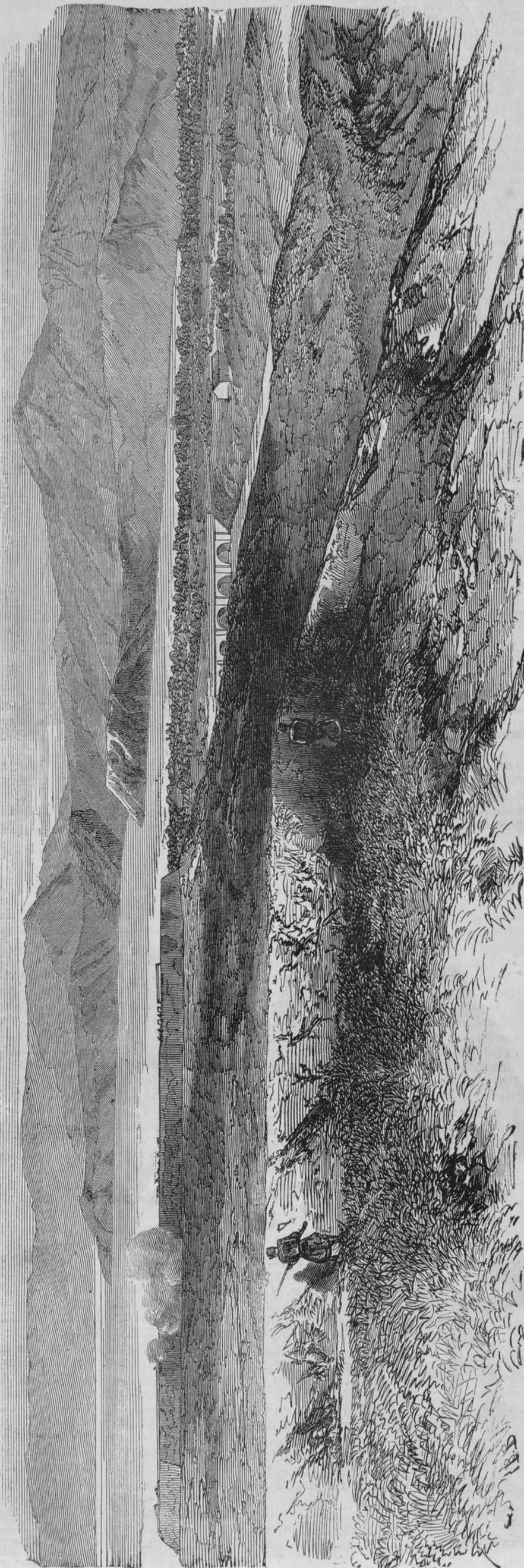
JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Las cañoneras francesas.

Uno de los dibujos de la página siguiente representa la varada de una cañonera en Desenzano sobre el lago de



VARADA DE LAS CAÑONERAS DESTINADAS AL SITIO DE PESCHIERA, EN EL LAGO DE GARDA.



OBRAS AVANZADAS DE LOS AUSTRIACOS PARA CUBRIR PESCHIERA.

Garda, á unos 10 kilómetros de Peschiera. Esta cañonera se había armado con cuatro mas, que se destinaban al sitio de Peschiera y á las operaciones en el lago de Garda. — Se botó al agua en presencia de S. M. el emperador Napoleon, de su estado mayor general, y de un crecido número de oficiales del ejército, el 13 de julio, á las diez de la mañana.

Estas cañoneras, construidas en la Seyne, según los planos de M. Dupuy de Lome, director del material de la marina, se enviaron desmontadas á Desenzano, y fueron reconstruidas por las órdenes del ingeniero de marina Boden, bajo la dirección general del almirante Dupony.

Hacia fines de mayo salió de Tolon para Génova un gran convoy de personal y de material, conducido por el almirante Dupony. Ni las dificultades de transporte por la vía férrea de un material tan considerable, ni la destrucción de los puentes del Tesino y otros ríos del Norte de la Lombardia, pudieron detener la expedición, y muy pronto, si no hubieran mediado otros sucesos, el auxilio de esos pequeños buques habría puesto en apuros á los defensores de Peschiera, sin recursos para rechazar semejante ataque.

Estas cañoneras, que ya no podían servir para llenar el objeto á que se destinaban, han sido cedidas al gobierno piomontés.

Los turcos.

Quisiéramos decir algo sobre la voz *turcos*, que á no dudar es española, porque no conocemos idioma alguno que la emplee en el sen-

tido genuino que encierra, aplicable tan solo á los hombres que visten turbante y un traje oriental como los soldados que van á ocuparnos muy pronto; pero ni las crónicas de este regimiento, ni sus costumbres, ni nada, en fin, nos aclararán una duda que tanto nos ha dado que pensar.

Los turcos ó tiradores indígenas datan de 1842. Dicen que hubo en su creación varios españoles pertenecientes á los ejércitos carlista y liberal que poco tiempo antes combatían en los campos de las provincias Vascongadas, Navarra, Aragón y Cataluña. ¿Se deberá á ellos el nombre de turcos con que se designa hoy á este regimiento?...

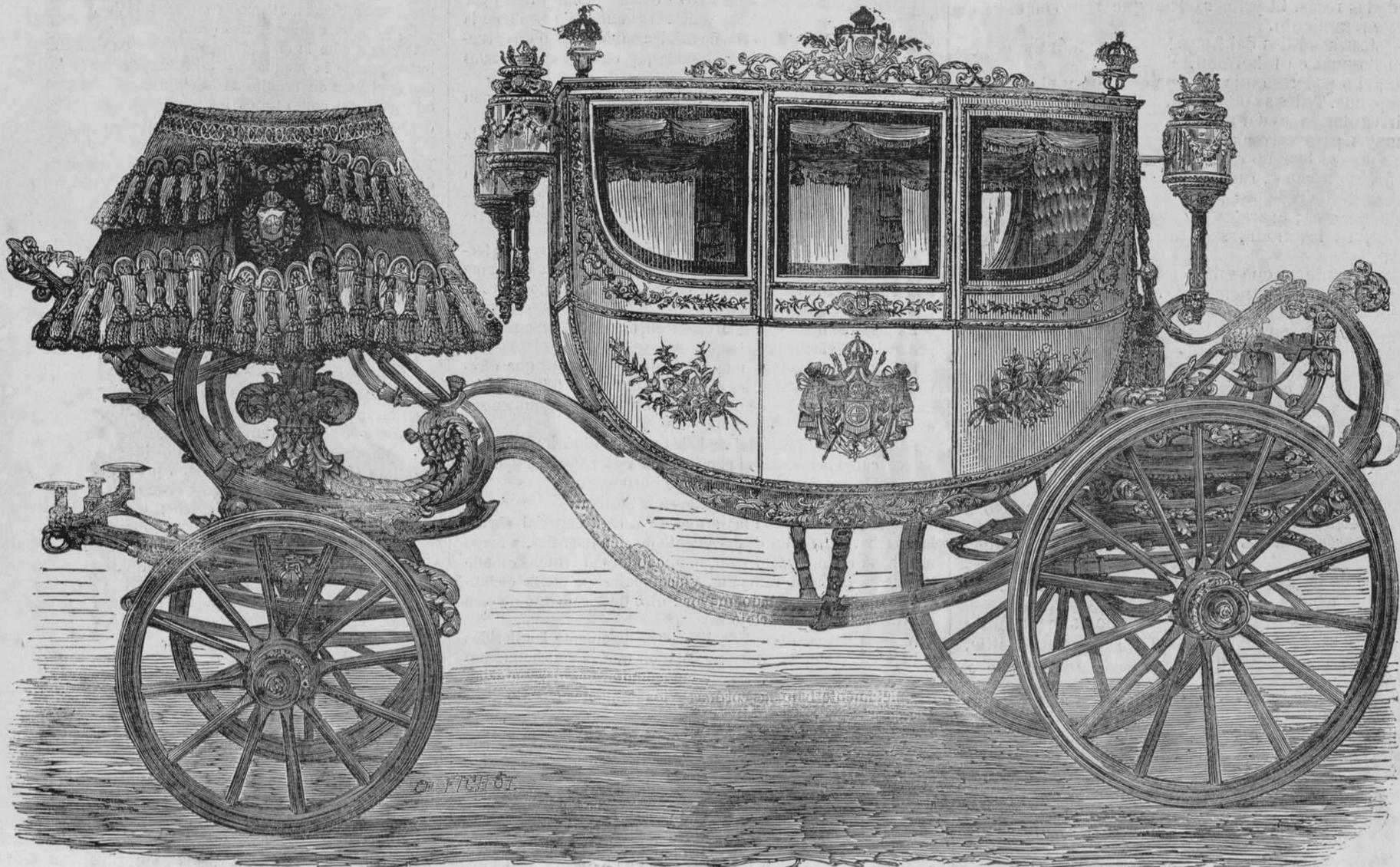
Un batallón se organizó en cada provincia y se puso á su frente los oficiales más expertos; el comandante Thomás (hoy general) y el comandante Bosquet (hoy mariscal de Francia) fueron los jefes superiores de los dos batallones.

Hablando M. de Betancourt en el primer tomo de la *Expedición á Crimea* acerca del comandante Bosquet, dice que había estudiado el suelo de Africa concienzuda y escrupulosamente y que hablaba el idioma con suma facilidad. Activo, emprendedor, conociendo perfectamente el país, habituado á esa guerra extraña de malezas y de rocas, de inesperadas sorpresas, de ataques imprevistos, nadie podía mandar mejor que él esos tiradores indígenas, extrañas naturalezas, fibrosas, que poseen un ímpetu irresistible cuando se sabe inspirárselo y hablar á su imaginación salvaje dominándolos por el poder del mando.

Esta opinión, emitida por



LOS TURCOS DESPUES DE LA BATALLA DE SOLFERINO.



COCHE DE GALA EJECUTADO POR LOS SEÑORES BINDER, HERMANOS, DE PARIS, PARA S. M. DON PEDRO II, EMPERADOR DEL BRASIL.

M. de Betancourt, está corroborada por la anécdota siguiente que tomamos de la biografía del mariscal Bosquet, escrita por M. H. Castille.

Después de la batalla de Malakoff, un oficial herido en una pierna desembarcaba con gran trabajo sobre el muelle de Tolon, cuando un tirador argelino, que tenía trazas de convaleciente, se acerca á él, y en su idioma medio francés medio árabe le dice:

— ¿Cómo está el general?

— ¡Qué general! Hay tantos heridos, replica el oficial.

— ¡Hombre, cabezota! Bosquet, exclama el soldado. Para los turcos el general, sin más, designaba al general Bosquet.

Al saber que su jefe se hallaba curado, el árabe añadió que ni el dinero, ni las armas más famosas, ni un festín podrían causarle tanto placer como esta buena noticia; y se puso á danzar de gozo.

M. Bourbaki mandó también un batallón de cazadores indígenas, y su paso á este cuerpo fué objeto de una canción debida á la alegre musa de un furriel. Héla aquí:

Gentil turco,
Quand autour de ta boule,
Comme un serpent s'enroule,
Ce calicot
Qui te sert de schako,
Ce chic exquis
A qui
L'doivent-ils, à qui?
A Bourbaki,
A Charles Bourbaki!

M. Bourbaki ha dejado también otros recuerdos gloriosos entre los indígenas, donde su furia, su *humour*, su elegancia ante las balas del enemigo tenía el privilegio de soliviantar y encender las cabezas de todos los hombres de su batallón.

Al principiar la guerra de Crimea, el mariscal Leroy de Saint-Arnaud, que en sus numerosas expediciones de Africa había concebido todo el partido que se podía sacar de los turcos, determinó que un regimiento de marcha fuese enviado á Oriente. Se le agregó á la división Bosquet. M. Wimpffen, coronel del 13º de línea, que había mandado uno de sus batallones, fué comisionado á Africa para reclutar este regimiento en las tres provincias. Al saber que se trataba de ir á Stamboul, á la ciudad santa, á volar al socorro del islamismo amenazado, los soldados árabes respondieron á la intimación que se les había hecho. Un magnífico cuerpo de 2,400 hombres desembarcó en Gallipoli: su aspecto elegante, compuesto de una chaqueta, un chaleco y de un pantalón árabes de paño color de cielo, de un cinturón de lana carmesí, de un turbante blanco, con casquete carmesí, de botines de piel amarilla, causó la admiración de todo el ejército. El cuerpo de oficiales era soberbio, joven, vigoroso y lleno de ímpetu.

En la batalla de Alma escalaron las crestas de la izquierda del ejército ruso, saltando como gatos por encima de las rocas. El primer oficial que murió en ella fué de este regimiento.

— ¡Mostraos hijos del fuego! les dijo en árabe el general Bosquet en Inkerman.

Un grito poderoso que domina el valle y el combate le responde. Todos se precipitan á porfía, aprovechando las irregularidades del terreno, abrigándose tras las altas matas para volver á cargar sus armas, abalanzándose sobre el terreno quebrado y sinuoso. Se diría, al ver á los africanos, que un rebaño de bestias salvajes se desataba de repente; las balas de los rusos no saben dónde herirles; aparecen, desaparecen, saltan, se esconden, se levantan, se agachan, combatiendo sin cesar.

— Son panteras que saltan en la maleza, exclamó el general Bosquet, siguiéndoles con la vista y admirándoles.

No se detuvieron aquí los esfuerzos de los hijos del fuego: su impaciencia en aquellas largas noches y en aquellos terribles días de sitio, no tuvo semejanza sino con su furor en el combate.

— ¡Porqué siempre boum! ¡boum! decía uno de ellos, imitando el estampido del cañón. ¡Bayonetas en el extremo del fusil, adelante, y tomar Sebastopol!...

Estos valientes árabes regresaron á Africa después de la toma de la plaza rusa, y fueron organizados en tres regimientos. Su coronel, M. Roze, que relevó á M. Wimpffen, ha sido también nombrado general. Se les quiso asociar á las victorias del ejército de Italia; un regimiento, bajo las órdenes del coronel Laure, forma parte de la primera brigada de la primera división del primer cuerpo.

Entre los oficiales generales y superiores procedentes de los turcos, citaremos al general Vergé y á Bataille, los coroneles d'Argent, Levy, Martineu Deschenetz y Liebert.

Las señoras de Génova, así que llegaron á su hermosa ciudad, aplaudieron las sonatas de las bandas de música de los turcos, y les arrojaron sus más bellas flores, como coronas reservadas á su gloria.

Revista de Paris.

Las fiestas de los días 14 y 15 de agosto han sido tan brillantes como todos esperaban. Desde el 13 por la noche la

muchedumbre que circulaba por los bulevares era tan considerable, que el paso de los coches se hallaba interrumpido en muchos puntos.

Los extranjeros y los provincianos que llegaban entonces á París podían creer que habían comenzado ya las fiestas; lo único que empezaba para ellos eran los apuros, pues hacia tres días que todas las fondas de París se hallaban atestadas de gente. Los recién llegados debieron correr una parte de la noche por la capital en busca de un abrigo, y sólo á las tres de la madrugada el silencio vino á demostrar que los viajeros habían logrado al fin un lugar de descanso.

Esta población flotante que ha acudido á las fiestas de París se calcula en 600,000 personas.

Pero el silencio no fué de larga duración. El pueblo parisiense que sabe esperar con paciencia como ningún pueblo del mundo cuando se trata de sus diversiones, iba tomando posición antes de amanecer en la plaza de la Bastilla y en los bulevares, esto es, en la carrera por donde habían de pasar las tropas. Más de 300,000 mil blusas guarnecían las aceras cuando asomó el sol del 14 de agosto. En ciertos puntos había campamentos con las provisiones necesarias para todo el día. En cuanto á los balcones se habían alquilado á precios fabulosos.

El 14, como hemos dicho ya á nuestros lectores, se consagraba á la entrada solemne en París de las tropas del ejército de Italia. A las cuatro de la mañana las primeras columnas salían del campo de Saint-Maur y se dirigían hacia la plaza de la Bastilla, donde el emperador debía ponerse á su cabeza. El trayecto del campo á la plaza Vendome era de 9,600 metros.

Recorramos la carrera antes de hablar de la entrada de las tropas.

A pocos metros de la barrera del Trono se elevaba el primer arco de triunfo, compuesto de dos altas columnas ricamente adornadas con guirnalda y banderas. Bajo la bóveda se leía: «Al Emperador, — al Ejército de Italia; — Solferino, — Melegnano, — Magenta, — Turbigo, — Palestro, — Montebello.»

En medio de la plaza había una torre rodeada de palos con banderas.

De la plaza del Trono á la de la Bastilla todos los edificios estaban adornados con banderas.

A la entrada del boulevard por la Bastilla la municipalidad había hecho construir un gran arco de triunfo que representaba el pórtico de la célebre catedral de Milán, con sus agujas, estatuas, bajos-relieves y columnillas de ornato.

Sobre la puerta principal se leía la dedicatoria «al Emperador y al ejército de Italia»; y á los lados había los nombres de los regimientos y cuerpos de ejército que tomaron parte en la campaña de Italia.

Delante del Circo Napoleón había otro arco de triunfo de estilo morisco coronado con un águila de oro de dimensiones colosales.

En todos los teatros del boulevard había trofeos con inscripciones al emperador y á las tropas.

Desde la calle del Faubourg-Poissoniere hasta la de la Paix los bulevares estaban adornados con palos venecianos muy juntos que sostenían banderas y trofeos, y por todas partes se repetían las inscripciones al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial.

El boulevard de los Italianos se distinguía entre todos por la profusión de sus decoraciones. Delante del pasaje de la Opera la Academia imperial de música había erigido dos gruesas columnas reunidas con guirnalda, y en cuyos pedestales se leía: *Veni, vidi, vici.*

A la entrada de la Opera Cómica había otra columna con banderas, que ofrecía en su base un jardín lleno de flores.

Por último, á un lado del boulevard casi en el eje de la calle de la Paix se elevaba un monumento formado de cañones que constituían el pedestal, con una estatua encima. Esta figura representaba una mujer teniendo en la mano izquierda una espada envainada y en la derecha un tratado de paz: la paz de Villafranca.

La calle de la Paix estaba adornada con colgaduras de terciopelo con franjas de oro. A la entrada de la plaza Vendome había dos pirámides y veinte y cuatro palos de estilo Luis XV con águilas y banderas.

La plaza se hallaba trasformada en un circo inmenso que producía un efecto imponente.

Diez y seis columnas monumentales con genios que ofrecían coronas adornaban las entradas de la plaza. Ocho de ellas imitaban el mármol y se hallaban cubiertas de dorados en sus extremidades.

Al rededor de la plaza se habían levantado tribunas para 20,000 convidados. En el centro estaba la tribuna imperial, construida con tanta riqueza como buen gusto.

A las nueve principió el desfile en la Bastilla.

Cuatro trompetas con las armas de la casa imperial abrían la marcha. Seguía un destacamento de cien guardias, y luego marchaba el emperador solo, montado en el hermoso caballo en que ha hecho la campaña, y acompañado á cierta distancia de un brillante estado mayor: otro destacamento de cien guardias cerraba el cortejo.

A pocos pasos detrás llegaban inmediatamente los heridos del ejército de Italia, glorioso batallón que la muchedumbre cubría de flores á su paso, y cuyos uniformes desaparecían completamente bajo las coronas y los ramilletes cuando llegó á la plaza Vendome.

La vista de estos héroicos mutilados produjo una gran sensación en las masas. Se oía á su aspecto un grito doloroso y se humedecían todos los párpados.

Esta legión de inválidos llevaba su perro, como casi todos los regimientos, y este perro estaba herido también, como el cuerpo á que pertenecía.

Los tambores y las músicas anunciaron la llegada de la guardia imperial mandada por el mariscal Regnaud de Saint-Jean de Angely, y seguían los cuerpos de ejército mandados por sus respectivos mariscales.

Pintar el entusiasmo de la muchedumbre en toda la carrera sería cosa imposible. Había momentos en que rayaba en delirio. Canrobert, comandante del tercer cuerpo, que disfruta en Francia de una gran popularidad, debió detenerse muchas veces para tomar las coronas que le tendían por todas partes. Mac-Mahon y Niel fueron igualmente victoreados por la muchedumbre.

Los zuavos y los turcos se llevaron la mejor parte de la ovación popular. Al paso de cada regimiento las miradas de la muchedumbre se clavaban en las banderas, que casi todas volvieron de Crimea agujereadas por las balas, y que sin embargo han sufrido aun el fuego de los austriacos. Entre todas ellas se distinguía la del 91º, de la cual solo queda un pedazo como una cinta. Esta bandera se defendió heroicamente en Solferino. El 91º contaba en la mañana del día de la batalla 1,000 hombres en línea, y de ellos perecieron 500 por salvar la bandera cuya vista excitó en la muchedumbre tan ardiente entusiasmo.

El emperador que desde la Bastilla hasta la plaza Vendome había sido aclamado por el pueblo, se colocó debajo de la tribuna donde estaba la emperatriz con el príncipe imperial y los demás miembros de la familia, y á su frente desfilaron las tropas.

El público de la plaza Vendome hizo á las tropas una acogida no menos entusiasta que la que habían recibido en los bulevares.

Las cuatro banderas cogidas á los austriacos fueron presentadas al emperador, quien las puso en manos de los cien guardias: estas banderas se colocarán en los Inválidos, donde se reúnen los trofeos de la Francia.

También desfilaron los cuarenta cañones cogidos á los austriacos.

El desfile se concluyó á las tres de la tarde. Las tropas se volvieron al campamento, de donde salieron á los dos días para los diferentes puntos á que están destinadas.

En la noche del 14 estuvieron iluminados todos los edificios públicos y muchas casas particulares.

A las siete el emperador reunió en el salón de los Estados en el Louvre en un banquete solemne á todos los jefes de cuerpo, á los oficiales generales y superiores del ejército de Italia. También asistían al banquete la emperatriz y algunas señoras de los generales. El emperador pronunció un discurso dando gracias á los generales que con sus talentos le habían facilitado la dirección de las operaciones de la guerra, diciéndoles que en la paz en que iban á entrar se acordaran de lo que habían hecho juntos, y anunciándoles su deseo de que fuesen los primeros en llevar la medalla conmemorativa de la guerra de Italia.

La fiesta del día 15 no tuvo menos espectadores que la del día anterior.

A las seis de la mañana el cañón de los Inválidos hizo las salvas de ordenanza.

Por la mañana se distribuyeron socorros á los pobres en todos los barrios de la capital.

A la una se cantó una misa solemne en la catedral, seguida de un *Te Deum*.

Desde muy temprano los teatros de París se hallaban sitiados por la muchedumbre para asistir á las funciones gratuitas que en ellos se daban.

En la explanada de los Inválidos y en la barrera del Trono había teatros al aire libre, palos de cucaña y demás diversiones que se ofrecen al pueblo en tales fiestas.

En el Sena había regatas orientales.

Por la noche la ciudad resplandecía de iluminaciones. Los bulevares de la Magdalena á la Bastilla, los Campos Eliseos desde el Arco de Triunfo hasta el jardín de Tullerías y la calle de Rivoli, así como todos los monumentos públicos, resplandecían de luces.

Los Campos Eliseos, la plaza de la Concordia y el jardín de Tullerías formaban un magnífico conjunto. La grande avenida del paseo estaba iluminada con guirnalda de vasos blancos y globos de colores; en la plaza los faroles presentaban las águilas, las armas y la cifra del emperador dibujadas con luces de gas.

La parte más hermosa de la iluminación de este año se hallaba concentrada en el jardín de Tullerías, que parecía un jardín encantado. Para dar á nuestros lectores una idea de esta profusión de luces, diremos que se habían empleado seiscientos mil vasos de colores.

La gran llanura del Campo de Marte resplandecía con la luz eléctrica.

A las nueve hubo fuegos artificiales en la barrera del Trono y en las alturas del Trocadero; estos últimos fueron de los mejores que se han visto.

La pieza principal representaba el templo de la Paz. Tenía de altura 40 metros, y su fachada presentaba 120 metros de ancho. A la derecha y á la izquierda se figuraban banderas, trofeos y escudos donde se hallaban escritos los nombres de las victorias alcanzadas por el ejército francés.

Los fuegos artificiales reunieron en el Campo de Marte, en los muelles y en la plaza de la Concordia una muchedumbre inmensa.

MARIANO URRABIETA.

Narración épica.

LA RENDICION DE GRANADA

POR JUAN MIGUEL ARRAMBIDE.

PREAMBULO.

La guerra de Granada tan célebre en acontecimientos heroicos, tan rica de gloriosos recuerdos, tan sobresaliente por sus hazañas, por sus rivalidades y competencias, terminó en fin cediendo al poder y al esfuerzo

castellano á que se sometieron sus ilustres y desgraciados defensores.

Continuas y sangrientas oposiciones, falta total de recursos, socorros perdidos, agotamiento de medios, y la suma debilidad y descrédito de su jefe, la llevaron al doloroso extremo de una sumision vergonzosa que prefirieron á una tenaz y desesperada resistencia.

Corria ya el primero de enero de 1492, y despues de repetidas cuestiones y encontrados pareceres, se comisionó al anciano y respetable visir Abuc-Cazin-Abdelmelic, para que saliese á proponer capitulacion á los cristianos, que admitida por los Reyes Católicos, y concertada por Gonzalo Fernandez de Córdoba y su secretario Fernando de Zafra, se llevó á efecto al dia siguiente, en la forma y órden que se describe en la siguiente composicion, cuyo asunto está tomado de las obras clásicas y crónicas que tratan de la materia, ocupando un lugar tan eminente en el catálogo de las que se refieren á la dominacion de los árabes en España, hasta su mas gloriosa y cumplida restauracion.

Ya la enseña de Islan desde la almena
Do Mahomet el Bermejo (1) la mostraba,
De ilustres hechos y laureles llena
Y en Comares radiante flameaba,
Que en ocho lunas rechazó serena
El constante valor que la asediaba,
Rindió su esfuerzo y su poder ufano
Al poderoso imperio castellano.

Tramas y competencias y traiciones,
Fatídicos desvelos, esperanzas
Y contiendas perdidas, corazones
Entregados al odio y las venganzas;
Depresion de las bélicas acciones
En continuas revueltas y mudanzas,
Cercaban ya, cumplido su destino,
Al malhadado solio granadino.

Y el tímido Boabdil (2) dobló la frente,
Y de rabí primero al cuarto dia (3)
Viendo el temido anuncio ya patente
Del hondo mal que el misero sentia,
Llama y convoca su agitada gente;
Y el áulico consejo presidia
Compuesto de visires y valies,
De sus sabios emires y faquies.

Su triste situacion, y el rudo encono
De la contraria suerte les presenta,
Que agobia al pueblo y que deprime al trono,
Y aquella turba inerme se amedrenta,
Con voz turbada, con amargo tono
El mal pondera y el peligro aumenta,
Y es su resolucion que nunca abate
Ceder ó perecer en el combate.

Un sepulcral y aterrador desvío
Fué el fruto de esta régia conferencia,
Que en vano con su ardor y noble brio
Quiso animar de Musa (4) la presencia:
Todo el consejo pálido, sombrío,
De Zogoibi (5) se pliega á la obediencia,
Y todos temerosos se postraron
Y una honrosa avenencia concertaron.

Abdelmelic, visir de gran valia,
Se decidió partiese, y al cristiano
En nombre de Abdallah que allí regia,
Le ofreciese el convenio soberano:
Y llenando con noble bizarría
Esta digna mision que aceptó ufano,
Fernando é Isabel le recibieron
Y cumplida lealtad le prometieron.

Gonzalo y Zafra en ademan guerrero
Seguidos del visir en la ancha torre
Penetran de la Alhambra, y placentero
El menguado adalid, activo corre
A tratar su dominio postrimero:
Todo lo cede, todo lo recorre;
Su palacio de perlas (6) poderoso,
Su regio trono y su divan precioso.

El consejo con ánimo doliente
Al doloroso pacto resignado,
Escuchaba sumiso y reverente
En su oprobioso y miserable estado:
Culpa al habo de injusto é inclemente,
De tirano, cruel y despiadado;
Vueltos los ojos al Genil querido,
Y al Darro perezoso y reducido.

(1) Mahomet el Bermejo: uno de los primeros reyes de Granada y de los que mas la engrandecieron.

(2) Boabdil, Abu-Abdallah, último rey de Granada.

(3) Primero de enero de 1492.

(4) Musa, gran visir, hermano del rey Boabdil.

(5) Zogoibi, apodo que le pusieron al rey los astrólogos: quiere decir el desventuradillo.

(6) El palacio de las perlas: así llamaban á la Alhambra.

Cuando el altivo y arrogante Musa,
Que en su esfuerzo y las armas confiaba,
Aquel convenio misero rehusa,
Y con aire arrogante despreciaba
La tímida reunion, que vió confusa,
Y en mentida humildad se prosternaba;
Y el almaizar ufano y animoso
Al brazo rodeó y dijo airoso:

«Perros, viles, villanos y traidores,
Los que temeis verter la sangre impia,
Los que apelais á fieros vencedores
En este aciago y malhadado dia;
Venid, yo os reto á todos, impostores,
Gente avezada á la maldad sombría;
Probareis mi valor y mi pujanza
En el seguro bote de mi lanza.

» ¿Creeis que el vencedor fiero, orgulloso,
Deponiendo su rabia y su recelo
Será fiel al contrato, y generoso
Prodigará la dicha y el consuelo?
Sangre, Muslimes, quiere cauteloso,
Sangre, que correrá por nuestro suelo,
Y elevará con su villana mano
De su poder el predominio insano.

» Vuestras huries tristes, aherrrojadas,
Y en la profanacion mas vergonzosa
Serán á su furor sacrificadas
Como trofeo de su rabia odiosa:
Y en vuestros cuellos fijas sus espadas
En actitud horrible y pavorosa,
Antes que el rudo golpe ó el amago
Sufrireis la ruina y el estrago.

» Quedaos para morir, que yo animoso
Me basto solo á contrastar la tierra;
En este suelo lóbrego, espantoso,
Que cobardes y pérfidos encierra:
Halle en la sumision el vil reposo
El que al nombre de esclavo no se aterra,
Que yo, sobre los lomos de mi alfana,
Mi libertad adoro soberana» (1).

Volvió amenazador, salió rugiente,
Y lejos de la torre de Comares,
Armiado de su peto reluciente
Y de su aguda lanza, los pesares
Llevó en su rabia altiva é inclemente
Hasta arrostrar la furia de los mares;
Y al Africa apartada y arenosa
Legó sus hechos y su vida honrosa.

Y el sol de enero en la celeste esfera
Derramaba su luz, y los cristianos
En formacion vistosa y placentera
De la vega marchaban por los llanos;
Jefes, en su beligerá carrera,
Llevan los estandartes castellanos,
Y al estridente son de los clarines
Llenaban de Granada los confines.

De fiesta ataviados y briosos
Los caballos piafaban: los jinetes
Cubiertos con sus cascos belicosos,
Con templados y recios coseletes,
Con esforzado orgullo y ardorosos
Siguen á las bombardas y mosquetes,
En repetidas salvas saludando
El triunfo de Isabel y de Fernando.

Y Pulgar y Leon, de los donceles
El noble alcaide, é inclitos varones
Con ordenadas lanzas siempre fieles,
Ostentaban sus timbres y blasones;
Y Aguilar y Chacon, con sus laureles
Ornan de sus batallas los pendones,
Y en su arrojé, valor y lozanía
El ansia de lidiar los conducia.

Y entre tanto salia apresurado,
Y de la Alhambra por la férrea puerta,
El menguado Boabdil acompañado
De activa cabalgada: vió disuelta
Y esparcida su hueste, y despedido
Siguió en su alfana intrépida y resuelta,
Y encontró al rey Fernando con Tendilla,
Y á sus valientes tercios de Castilla.

Y el destronado Abdallah rendido,
De su túnica negra (2) ataviado
Y el almaizar de púrpura ceñido,
Con la toca nevada, reclinado

(1) Histórico.

(2) Túnica negra: traje de ceremonia de los reyes árabes.

Ante el monarca insigne que sentido
Los brazos le tendia al desdichado,
Con eco doloroso y balbuciente
Le dijo así, sumiso y reverente:

«Tuyos somos, señor; tuyo es el reino;
Tuyos son sus palacios, sus primores,
Que así lo quiere Alah; y que sea eterno
Tu triunfante dominio entre sus flores:
De la victoria con amor paterno
Usa, señor, templando tus rigores;
Mientras yo pobre, misero y vencido
Mi trono lloro y mi poder perdido.»

Dijo; y siguiendo la pradera herbosa
Fué á saludar la reina de Castilla,
Que en su linda hacanea presurosa
Llegaba por los campos de la Armilla;
Y risueña, apacible y cariñosa
Consoló al triste rey, que en rencilla
Al alto de Padul llegó impaciente
Do lo esperaba su afligida gente.

Y tornando la vista vió á Granada
Cual leve exhalacion que lleva el viento,
Reina del mundo ayer, y hoy aherrrojada;
Y en el polvo postrado, sin aliento
«¡Dios es grande!» exclamó: y Aixa (1) inmutada
«Llora como mujer, con rudo acento
Le dijo; ya que inerme tu persona
Defender no ha sabido tu corona.»

Y Boabdil cabalgó, y en su carrera
Con el fino acicate hirió á su alfana
Con tan recia pujanza, que la fiera
En la peña grabó brava y lozana
Su luciente herradura; y altanera
Siguiendo su correr con furia insana,
Entre las quiebras del vecino monte
Se ocultó trasponiendo el horizonte.

Y en tanto, con notable maravilla
Los ricos hombres, tremolar miraron
La roja insignia que elevó Tendilla
Y en la soberbia Alhambra colocaron:
Y doblando gozosos la rodilla
La grandiosa conquista publicaron,
Rodando de Ismael hasta el profundo
La media luna que asombraba al mundo.

Inauguracion del monumento

DE S. M. EL EMPERADOR NICOLÁS I.

San Petersburgo 25 de junio — 7 de julio.

Hoy ha tenido lugar la inauguracion del monumento elevado por el emperador Alejandro II á la memoria de su padre Nicolás I. Esta ceremonia que ha sido á la vez fiesta religiosa, militar y de familia, habia llamado una muchedumbre inmensa. En mayo de 1856 aprobó el emperador Alejandro II el proyecto de monumento presentado por M. de Montferrand, el arquitecto de San Isaac. La primera piedra se colocó en enero de 1857. El monumento de forma elíptica, aunque se transforma en paralelogramo rectángulo, descansa sobre una base de granito rosado de Finlandia, formando tres gradas divididas por cuatro zócalos, con otros tantos candelabros. Sobre esta base se eleva un doble basamiento de granito gris de Serdobol, el uno liso, el otro cortado y adornado. La parte superior es de pórfido de Schokane de color amaranto oscuro. En las cuatro caras de esa porcion del pedestal están los bajo-relieves que recuerdan los grandes sucesos del reinado de Nicolás I, 1825, 1831, 1832 y 1834. Encima está el verdadero pedestal de mármol blanco de Italia, con cuatro estatuas alegóricas en sus ángulos, á saber: la Justicia, la Fuerza, la Fe y la Sabiduría. La cara de delante contiene la siguiente inscripcion:

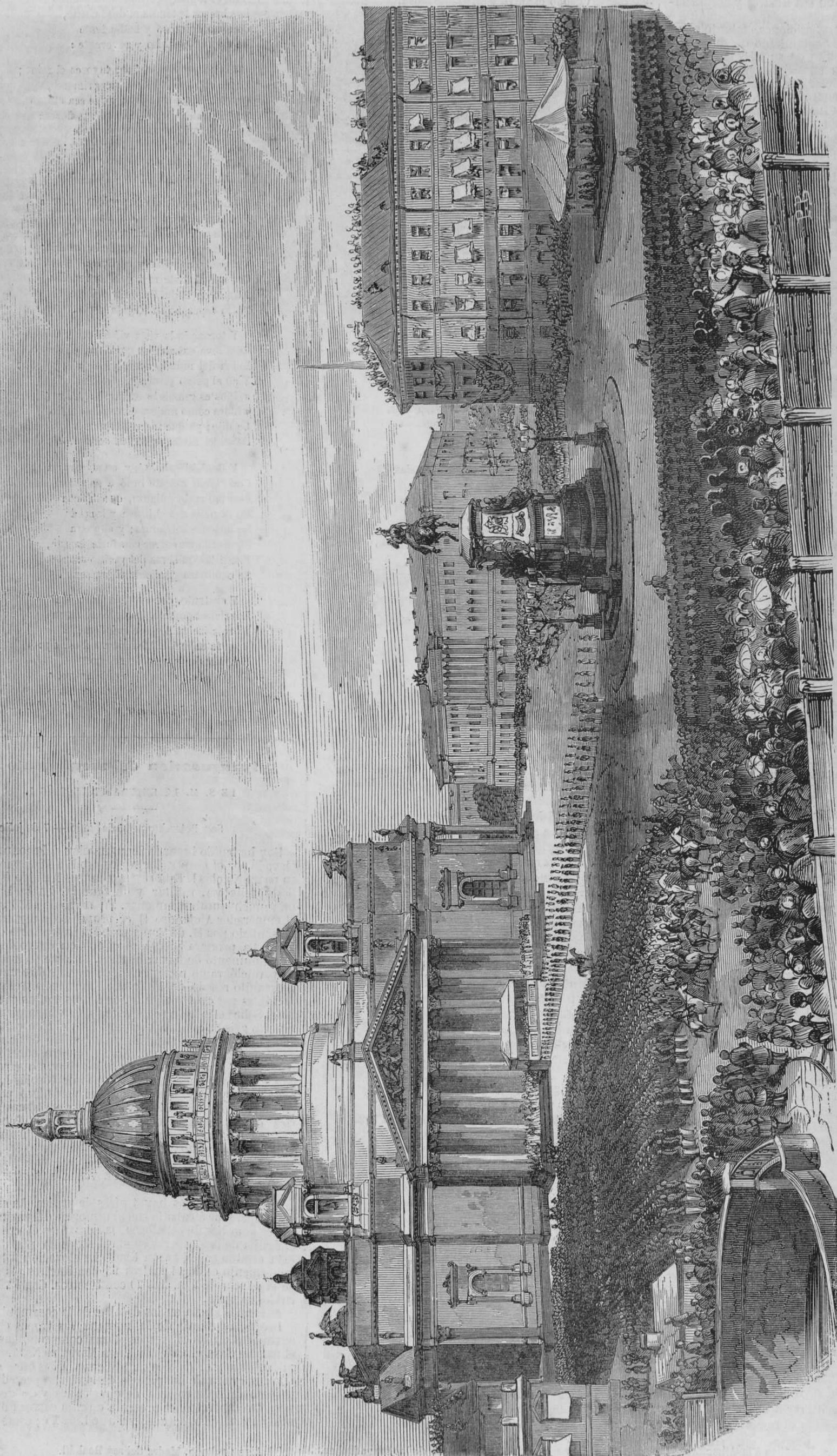
Á NICOLÁS I, EMPERADOR DE TODAS LAS RUSIAS.

En los otros lados hay trofeos de armas. La estatua del emperador á caballo con el uniforme del regimiento de los guardias de caballería, la coraza y el casco con el águila de dos cabezas se eleva sobre la plataforma. Esta estatua es del baron Klodt. La elevacion total del monumento es de 14 metros 93 centímetros, la altura de la estatua de 5 metros 70 centímetros. Costó 750,000 rublos de plata.

Entremos ahora en los detalles de la ceremonia.

Desde las nueve de la mañana las tropas estaban agrupadas en las diferentes plazas comprendidas entre el palacio de la grande duquesa Maria, el Neva, el Almirantazgo y el palacio de Invierno. A las once el cortejo imperial sale del palacio de Invierno precedido de un escuadron de cosacos, de circasianos y de georgianos. La emperatriz se presenta en una carroza de aparato enteramente dorada, estilo de Luis XV; otras nueve

(1) Aixa: sultana. Madre del rey Boabdil.



INAUGURACION DE LA ESTATUA ECUESTRE DE S. M. EL EMPERADOR NICOLAS I, EN LA PLAZA DE SAN ISAAC, EN SAN PETERSBURGO.

carrozas de igual género la seguían. El emperador y su numeroso estado mayor marchaban á caballo á la derecha de la carroza de la emperatriz.

El cortejo se dirigió á la iglesia de San Isaac. En uno de los pórticos de la catedral, enfrente del monumento, se habia construido una tribuna. Se cantó el *Te Deum*, y entre tanto, los granaderos del palacio se formaron en dos filas en el espacio que separa á la iglesia del monumento.

La ceremonia religiosa concluyó con un oficio de difuntos. Todo el mundo se descubrió y se arrojó arena, pueblo y soldados. Los buques de guerra que estaban en el Neva hacen salvas de artillería y repican las campanas. La emperatriz baja entonces de la tribuna y precedida de los caballeros de la corte se adelanta por entre las filas de los granaderos del palacio que presentan las armas; el emperador y su comitiva marchan por fuera de la carrera á la derecha de la emperatriz.

La emperatriz va á tomar asiento bajo una tienda oriental (una tienda histórica), colocada á la izquierda de la estatua. El emperador se coloca entre la emperatriz y el monumento y al punto comienza el desfile. Primero pasan los granaderos del palacio, luego los diferentes cuerpos de cadetes, los hermosos regimientos de infantería de la guardia, entre los cuales se distingue el regimiento de Pablo, despues el batallón de tiradores de la familia imperial, con su uniforme pintoresco. Cierren la marcha la caballería y la artillería, formando un total de 58 batallones, 52 escuadrones y 18 baterías. El desfile duró cerca de dos horas. Una vez terminado, Sus Majestades volvieron á sus coches saludadas por las aclamaciones de la muchedumbre.

Por la noche hubo iluminaciones en la ciudad y en los buques del Neva.



DESTRUCCION DE LA CIUDAD DE QUITO POR UN TERREMOTO.

Terremoto en Quito.

(AMÉRICA MERIDIONAL.)

El martes 22 de marzo de 1859 se oyó en Quito, capital del Ecuador, á eso de las ocho y media de la mañana, una fuerte detonación atmosférica; y casi al mismo tiempo sobrevinieron violentos temblores de tierra que destruyeron la mayor parte de los edificios. La población espantada salió por las plazas y las calles lanzando gritos horribles. Los hombres y las mujeres imploraban de rodillas el favor de Dios. En cuanto cesaron los temblores, los parientes y los amigos corrían buscándose unos á otros por los escombros y el polvo; unos al verse salvos se miraban atónitos sin fuerzas para hablar, otros se abrazaban llorando. Se esperaban nuevos sacudimientos y nadie se prometía escapar con vida en la catástrofe.

Sin embargo, poco á poco comenzaron á serenarse los ánimos. El número de las víctimas, desconocido aun, parece no fué tan crecido como se podía temer en vista del desastre. La catedral quedó enteramente arruinada. El templo de San Agustín perdió su cúpula principal, su campanario y un ángulo de su claustro. El templo de las Catalinas es un montón de escombros; casi todas las casas están destruidas, y el corto número de habitaciones que aun estaban en pie amenazaban ruina.

Los monumentos de Quito tenían fama en la América del Sur; eran de piedra de sillaría; su arquitectura de estilo moruno presentaba una elegancia muy notable. El interior de las principales iglesias se hallaba esculpido á dos ó tres puñadas de profundidad de arriba abajo; el fondo de la escultura estaba pintado de verde ó de encarnado, y todos los relieves se hallaban cubiertos de un dorado tan hermoso y vivo que parecía le acababan de aplicar á la piedra. Los habitantes de Quito se mostraban muy contentos con estos testimonios del esplendor de su capital. Muy luego se supo que el terremoto se había extendido á lo lejos en la provincia de Quito, y había destruido muchas casas de campo, con aldeas y pueblos, entre otros Otavalo y Harra. Por todas partes la tierra se hallaba trastornada y se temían nuevos desastres.

EL VOLCAN DE QUITO.

Hay pocas regiones en el globo donde los volcanes se manifiesten de un modo tan poderoso y tan variado como en las alturas de Quito, que se hallan erizadas de una multitud de picos. Uno de ellos, el Pichincha, eleva su cumbre á 4,996 metros sobre el nivel del mar. La ciudad de Quito, edificada al lado, está surcada de grietas anchas, profundas y áridas que desembocan todas en la montaña de fuego. Cuando Humboldt visitó esa ciudad hace unos sesenta años, oyó repetidas veces un ruido subterráneo terrible, acompañado con frecuencia de terremotos. Desde el mercado principal de la ciudad se distinguen las cuestas del Pichincha, que en lugar de la forma cónica de los volcanes, ha tomado la de una larga muralla con unos 2,000 metros de elevación sobre las alturas. El Pichincha corona en cierto modo la cumbre de la cordillera occidental, y de lejos sus picos figuran conos, agujas de campanarios, ruinas de fortalezas. En los años de 1533, 1539, 1560, 1566, 1577, 1580 y 1660, las erupciones del Pichincha fueron tan violentas, que Quito, envuelto en una lluvia de cenizas, permaneció muchas horas en una oscuridad completa. La del 4 de febrero de 1797 fué horrorosa; la lava barrió el valle alto de Quito, y sumergió á mas de 40,000 hombres, en tanto que la ciudad quedó intacta.

ULTIMOS TERREMOTOS Y ERUPCIONES VOLCANICAS.

El interior de la tierra se halla extraordinariamente agitado desde hace algunos meses, y las erupciones volcánicas limitadas al Océano Pacífico y á los mares del Sur se propagan y aparecen hasta en el Océano Atlántico donde los buques han sentido ya algunos temblores.

El 23 de enero último se abrió una boca en Havai, la mayor de las islas Sandwich, en los flancos del Maona Loa, que es á un tiempo la cumbre mas alta de la Polinesia, y el volcan mas activo que existe hoy en el globo. El torrente de lava, que parecía tener una profundidad de unos ocho metros, se precipitó hácia el mar destruyendo la aldea de Wainanohi. El 18 de febrero se produjo una nueva erupción y salió lava sin interrupción hasta principios de marzo.

El Kilanea, volcan de la misma isla, parecía dispuesto á seguir el ejemplo de su turbulento vecino. Segun las últimas noticias, su cráter estaba lleno hasta el borde, y se esperaba de día en día una erupción.

En la parte setentrional del condado de Chasta en California, el doctor Mogencroft cree haber visto una erupción volcánica en marzo de este año por la época del terremoto de Quito. En una región volcánica como la California, este hecho no tiene nada de extraño.

Pero las noticias relativas á los terremotos marítimos no pueden ponerse en duda. El capitán Green, del buque *el Sheffield*, por 29°, 53' lat. N., y 69°, 10' long. O. de Londres, contó este año tres sacudimientos, de los cuales el primero duró mas de un minuto; el mar se agitó violentamente, y el ruido que se oyó fué tan fuerte que parecía una descarga de artillería á cierta distancia.

La relación que tenemos á la vista no indica la fecha de este sacudimiento; pero tenemos otra mas precisa, y

es la de M. Cox, que en el buquecillo *el Winona*, pasó de Rio Janeiro á Nueva York. El 27 de abril, á las tres de la tarde, se hallaba por 32° lat. N., y 70°, 25' long. O. de Londres, cuando de repente le pareció que el buque zozobraba tocando un banco de coral; esto duró treinta segundos; dos minutos despues se sintió un sacudimiento que fué mas fuerte aun que el primero; pero á las cinco de la tarde hubo otro mas violento que duró 25 segundos.

En las Indias occidentales la Jamaica sufrió el 23 de diciembre un fuerte terremoto; antes había sentido ya algunos sacudimientos ligeros.

El terremoto mas reciente y mas desastroso ha ocurrido en Erzerum, uno de los grandes depósitos del comercio del Oriente. En la mañana del 2 de junio, á las diez y veinte minutos, un sacudimiento que duró veinte segundos destruyó más de la mitad de la ciudad; se hundieron la catedral y una parte del muro de recinto, construcciones que tenían mas de mil años. El cuartel dejó enterrados en sus ruinas á trescientos hombres que en él se hallaban; de las ocho mil casas de que se componía Erzerum, cuatro mil quedaron destruidas enteramente, y tres mil amenazando ruina. El número de víctimas pasa de 1,500.

E. J.

PARA EL AMOR Y MUERTE NO HAY COSA FUERTE.

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

CAMILA.

Sin embargo, entre todas debe haber una preferida; ¿cuánto tiempo habeis amado á esta?

MARCELINO.

¿Qué criatura! ¿Quieres hacerte mi confesor?

CAMILA.

Os pido como una gracia que me respondais sinceramente. No sois un libertino y creo en la lealtad de vuestro corazón. Habeis debido inspirar amor, porque lo mereceis: respondedme, Marcelino.

MARCELINO.

A fe mia, os diré que no me acuerdo.

CAMILA.

¿Conoceis un hombre que no haya amado mas que á una mujer?

MARCELINO.

Seguro es que los hay.

CAMILA.

¿Algun amigo vuestro? Decidme su nombre.

MARCELINO.

No puedo decir ningun nombre, pero creo que hay hombres capaces de no amar mas que una vez en su vida.

CAMILA.

¿Cuántas veces puede amar un hombre de bien?

MARCELINO.

¿Quieres hacerme recitar una letanía, ó estás repasando tú el catecismo?

CAMILA.

Quisiera instruirme y saber si hago mal ó bien en tomar el velo. Si debiéramos casarnos, no responderiais con franqueza á todas mis preguntas, y no me abririais enteramente vuestro corazón. Os estimo mucho, y por vuestra educación y naturaleza os creo muy superior á los otros hombres. Siento que os falte la memoria para contestar á lo que deseo saber; quizás conociéndolos mejor me atreveria.

MARCELINO.

Dime en qué quieres venir á parar y te responderé.

CAMILA.

Contestad pues á mi primera pregunta; ¿tengo razón para entrar en el convento?

MARCELINO.

No.

CAMILA.

¿Seria mejor que nos casáramos?

MARCELINO.

Sí.

CAMILA.

Si el cura de vuestra parroquia diese un soplo sobre un vaso de agua y os dijera que es un vaso de vino, ¿le beberias como tal?

MARCELINO.

No.

CAMILA.

Si el cura de vuestra parroquia diera un soplo sobre vuestra persona y me dijera que me amareis toda vuestra vida, ¿tendria razón para creerlo?

MARCELINO.

Sí y no.

CAMILA.

¿Y qué haria yo el dia en que viera que ya no me amábais?

MARCELINO.

Amar á otro.

CAMILA.

Y cuando ese otro no me amara, ¿qué haria?

MARCELINO.

Amar á otro.

CAMILA.

¿Y cuánto tiempo podriais vivir así?

MARCELINO.

Hasta la vejez.

CAMILA.

¿Sabeis lo que son los claustros, Marcelino? ¿Sabeis lo que es un convento de monjas?

MARCELINO.

Lo he oido decir.

CAMILA.

Tengo por amiga una hermana que apenas ha cumplido treinta años, y que á los quince poseía cien mil pesos de renta. Es la criatura mas noble y mas hermosa que ha podido haber en el mundo. Su marido era un hombre de los mas notables de Francia. Ninguna de las nobles facultades humanas había permanecido en ella sin cultivo, y como un arbusto de una savia poderosa, todos sus vástagos habían echado ramos. Nunca el amor ni la felicidad colocarán su florida corona sobre una frente mas bella; su marido la engañó; ella amó á otro hombre y hoy se muere de desesperación.

MARCELINO.

Lo comprendo.

CAMILA.

Habitamos en la misma celda, y ha pasado noches enteras hablando de sus infortunios, que casi los considero como míos: esto puede extrañaros, pero es la pura verdad. Cuando me hablaba de su matrimonio, cuando me pintaba la embriaguez de los primeros dias, luego la serenidad de los otros, y luego el triste fin de sus amores; cuando me decía cómo estaba sentada por la noche junto á la chimenea y él junto al balcon sin desplegar los labios; cómo había muerto su amor á pesar de todos sus esfuerzos, que no llegaron á producir mas que disputas interiores, y cómo una figura extraña se fué deslizando al cabo entre ellos dos, yo me veía en su posición y agitada por sus padecimientos. Cuando decía: ¡fui tan dichosa! mi corazón saltaba de júbilo; y cuando añadía: ¡cuánto he llorado! mis lágrimas asomaban á mis ojos. Pero hay otra cosa mas extraña aun: acabé por crearme una vida imaginaria que duró cuatro años... Inútil es decir las reflexiones que hice en ese tiempo. Quería que supierais como una curiosidad que en todas las historias de Luisa y en todas las ficciones de mis sueños, el hombre que yo veía érais vos.

MARCELINO.

¡Yo!

CAMILA.

Es muy natural; érais el único hombre que yo había conocido. Marcelino, os he amado.

MARCELINO.

¿Qué edad tienes, Camila?

CAMILA.

Diez y ocho años.

MARCELINO.

Continúa: te escucho.

CAMILA.

Hay doscientas mujeres en nuestro convento, todas esperando la hora de la muerte. Muchas de ellas salieron del monasterio como yo salgo hoy, vírgenes y llenas de esperanza, y volvieron poco tiempo despues envejecidas y con el alma en la desolación. Todos los dias muere alguna de ellas en nuestros dormitorios, y todos los dias llegan otras á tomar el puesto de las difuntas. Los que nos visitan admiran la calma y el orden que reinan en la casa, miran atentamente la blancura de nuestros velos; pero se preguntan porqué bajamos tanto los ojos. ¿Qué pensais de esas mujeres, Marcelino? ¿Tienen razón ó no la tienen?

MARCELINO.

Lo ignoro.

CAMILA.

Algunas de ellas me han aconsejado que tome el velo, y quiero consultaros: ¿creéis que habria valido mas que tomaran un amante y me aconsejaran que yo hiciera lo mismo?

MARCELINO.

Lo ignoro.

CAMILA.

Habiais prometido contestarme.

MARCELINO.

* Me hallo dispensado de cumplir mi palabra; quien habla no es Camila.

CAMILA.

Puede ser; quizá hay en todas mis ideas cosas muy ridículas.

MARCELINO.

Sí, tienes razón en hacerte religiosa.

CAMILA.

Antes me deciais lo contrario.

MARCELINO, levantándose.

Hermana mía, no puedes morir sin amar.

CAMILA.

Quiero amar, pero no quiero sufrir; quiero amar con un amor eterno, y hago juramentos que nunca se quebrantan. Este es mi amor. (*Muestra su crucifijo.*)

MARCELINO.

Ese amor no excluye otros amores.

CAMILA.

Para mí, sí. No os sonriais, Marcelino; no os he visto hace diez años y me marcho mañana. Dentro de otros diez, si nos vemos, me encontrareis lo mismo. No he querido dejaros el recuerdo de una fría estatua, pues la insensibilidad conduce al punto en que yo estoy. Creedme, amad y sed dichoso, y me olvidareis; pero si llegáis á ser desgraciado, si el ángel de esperanza os abandona, cuando os encontréis con el vacío en el corazón, pensad en mí, yo os salvaré con mis oraciones.

MARCELINO.

Eres una orgullosa; ten cuidado.

CAMILA.

¿Porqué?

MARCELINO.

Tienes diez y ocho años, y no crees en el amor.

CAMILA.

¿Creéis vos, ya que tanto habláis? Os arrastrais á mis pies después que os habeis arrastrado ante mujeres de las cuales ni aun los nombres existen hoy en vuestra memoria. Habeis llorado lágrimas de alegría y lágrimas de desesperación sabiendo que el agua de las fuentes es más constante que vuestras lágrimas, y que siempre la tendriais á la mano para lavar vuestros párpados. Os sonreís cuando os hablan de mujeres desoladas; no creéis que nadie pueda morir porque vos vivís y habeis amado. ¿Es pues una moneda vuestro amor, que puede pasar así de mano en mano hasta la muerte? No, ni eso, porque la última moneda vale más que vos; aunque pasa de mano en mano siempre conserva su efigie.

MARCELINO.

¡Qué hermosa eres, Camila, cuando se animan tus ojos!

CAMILA.

Lo sé, es inútil decírmelo; la monja que cortará mis cabellos temblará quizá con esa mutilación; pero mi pelo no se cambiará en anillos y en cadenas para correr por los salones; ni uno solo faltará cuando llegue á mi cabeza la tijera, y cuando el sacerdote que me eche su bendición me ponga en el dedo el anillo de oro de mi Esposo celeste.

MARCELINO.

¡Camila! Estás ciega de cólera.

CAMILA.

Hago mal en hablar, tengo toda mi vida en los labios. Marcelino, no os burleis, la tristeza me mata.

MARCELINO.

Pobre criatura, te dejo hablar sin contestarte. Una mujer ha ejercido en tí una influencia funesta; dices que ha sido engañada, que ella ha engañado también, y que se muere de desesperación. ¿Estás segura de que ella no escucharía hoy al que tiene la culpa de su desgracia?

CAMILA.

Lo creo.

MARCELINO.

Estás es un error, Camila. Vuelve á tu convento, y quiera Dios que seas muy dichosa creyendo que el amor es una mentira. (*Vase.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Delante del castillo.

EL BARON.

Blazius, estoy muy descontento con vos; habeis dicho que mi sobrina mantenía una correspondencia secreta...

BLAZIUS.

Señor...

EL BARON.

Salid de aquí, y cuidado con que os vuelva á ver en esta casa; no puedo perdonaros. (*Vase; Blazius le sigue.*)

MARCELINO.

Desearía saber si estoy enamorado. ¿Qué preguntas

en una criatura de diez y ocho años y qué ideas! Hoy debe marcharse... ¡Dios mío! Creo que la amo... Quizá repetía una lección, pero de todos modos he podido observar que la soy indiferente... En fin, consolémonos; es bonita; pero tiene ideas... la olvidaré... ¡Diantre! El caso es que la conversacion de ayer no me puede salir de la cabeza... Vámonos. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL ABATE.

Son las doce y á nadie veo aquí; están en la mesa. (*Sale Blazius.*)

BLAZIUS.

¡Oh desgracia imprevisible! Despedido por el señor baron... (*Viendo al abate.*) ¡Ay! señor abate, interesaos en mi favor, me arrojan de esta casa; he acusado falsamente á la señorita Camila, pero creí haber visto lo que dije; estoy perdido, señor abate.

EL ABATE.

¿Qué escucho! ¿Será cierto?

BLAZIUS.

Ciertísimo, os contaré...

EL ABATE.

No, no, imposible; son las doce, y os dejo. Si el baron se queja de vos, arreglaos como podais, nada tiene que esperar de mí un hombre de vuestra especie. (*Vase.*)

BLAZIUS, solo.

Miserable Anastasia, tú me las pagarás, tú eres la causa de mi ruina... Estoy perdido si no me apodero de una carta, si no pruebo al baron que Camila escribe secretamente. (*Aparece Anastasia con una carta.*) Anastasia, venga esa carta.

ANASTASIA.

¿Qué decís? mi señorita me ha mandado que la eche al correo.

BLAZIUS.

Dádmela, ó sois muerta.

ANASTASIA.

¡Muerta! ¡Virgen María!

BLAZIUS.

Venga ese papel. (*Trata de quitarla el billete cuando sale Marcelino.*)

MARCELINO.

¿Qué es eso? ¿Qué haceis, Blazius?

ANASTASIA.

Que me devuelva la carta, me la ha quitado.

BLAZIUS.

Es un billete amoroso.

ANASTASIA.

Señor, es una carta de Camila, de vuestra prometida.

MARCELINO.

Venga, no puedo comprender vuestra disputa, pero como futuro de Camila, tengo derecho para leer la carta. (*Lee.*)

« A sor Luisa en el convento de *** » (*Aparte.*) ¡Qué curiosidad se apodera de mí! Mi corazón late con fuerza y no podría explicar lo que siento... Retiraos, Anastasia, y vos también, Blazius; yo me encargo de echar este papel al correo. (*Vase Anastasia seguida de Blazius.*)

MARCELINO, solo.

¿Qué puede decir Camila á su amiga? No se debe abrir una carta... y no obstante, el imperio que esa criatura singular ejerce sobre mí, hace que las tres palabras escritas en este sobre me den ideas... Blazius forcejeando con Anastasia ha hecho saltar el sello.... ¿Es un crimen abrir este papel? (*Abre la carta y lee.*)

« Amiga mía: hoy marcho y todo lo que habia previsto ha sucedido. Es una cosa terrible, pero el pobre joven tiene un puñal clavado en el corazón y nunca se consolará de mi pérdida. Sin embargo, he hecho cuanto he podido para disuadirle; Dios me perdonará, que le haya hecho tanto daño con mi negativa. ¡Ay! amiga mía, ¿qué podía yo hacer? Nos veremos mañana para no separarnos más. Adios, tu amiga

» CAMILA. »

¡Esto escribe Camila! ¡Habla de mí en estos términos! ¡Reducido á la desesperación por su negativa! ¡Dios mío! Si fuera verdad, se conocería fácilmente; ¿qué vergüenza puede haber en amar? ¡Lo ha hecho todo para disuadirme y tengo un puñal clavado en mi corazón!... ¿Qué interés la mueve para inventar semejante novela? ¿Será verdad el pensamiento que he tenido esta noche? ¡Oh mujeres!... sería cosa decidida en el convento... matar al primo de desesperación... No, no, Camila; no te amo, no estoy desesperado, no tengo un puñal en el corazón y te lo probaré... quiero que antes de salir de aquí sepas que amo á otra... ¡Eh! ¡buen hombre! (*Sale un aldeano.*) Irás

al palacio y dirás que entreguen esta carta á la señorita Camila. (*Escribe.*)

EL ALDEANO.

Está bien, señor. (*Vase.*)

MARCELINO.

Ahora á la otra; verás si estoy desesperado; ¡Rosita! (*Llama á una puerta.*)

ROSITA, abriendo.

¡Sois vos, señorito!... Entrad, mi madre está en casa.

MARCELINO.

Vente conmigo.

ROSITA.

¿Adónde?

MARCELINO.

Ya te lo diré, pide permiso á tu madre y despáchate.

ROSITA.

Allá voy. (*Entra en la casa.*)

MARCELINO.

He pedido otra cita á Camila y estoy seguro de que acudirá á ella; pero no hallará por cierto lo que se promete. Quiero hacer la corte á Rosita y delante de Camila.

ESCENA III.

(El bosque.)

CAMILA Y EL ALDEANO.

EL ALDEANO.

Señorita, iba al palacio á mandar que os entregasen esta carta...

CAMILA.

Dámela.

EL ALDEANO.

Si preferís que la lleve al palacio...

CAMILA.

Digo que me la des.

EL ALDEANO.

Tomadla, señorita. (*Da la carta.*)

CAMILA.

Por tu trabajo...

EL ALDEANO.

Mil gracias; ¿puedo marcharme?

CAMILA.

Haz lo que quieras.

EL ALDEANO.

Me marcho.

CAMILA, leyendo.

Marcelino quiere que nos despidamos cerca de la fuentequilla donde yo le cité ayer... ¿Qué tendrá que decirme? La fuente está próxima y yo me encuentro aquí... ¿Debo concederle esta nueva cita? ¡Ah! (*Se oculta detrás de un árbol.*) Marcelino con Rosita mi hermana de leche... Supongo que la dejará... Me alegro mucho no haber llegado la primera. (*Salen Marcelino y Rosita y se sientan.*)

CAMILA, oculta.

¿Qué quiere decir esto?... La hace sentar á su lado... ¿Me pide una cita á mí para hablar con otra? Tengo curiosidad de saber lo que le dice.

MARCELINO, en alta voz de modo que le oiga Camila.

Rosita, te amo; tú sola en el mundo no has olvidado nuestros días de gozo infantil; toma pues tu parte en mi vida de hombre; dame tu corazón, ángel mío; aquí tienes la prenda de nuestro amor. (*La echa su cadena al cuello.*)

ROSITA.

¿Me dais vuestra cadena de oro?

MARCELINO.

Mira esta sortija. Levántate y vamos á la fuente. ¿Ves como los dos nos reflejamos en el agua? ¿Ves tus hermosos ojos cerca de los míos, tu mano en la mía? Pues vas á ver como todo se borra. (*Arroja el anillo al agua.*) Mira cómo ha desaparecido nuestra imagen... ya vuelve poco á poco... el agua que se habia revuelto recobra su equilibrio... tiembla todavía, grandes círculos negros corren por su superficie, paciencia... ya se distinguen de nuevo tus brazos enlazados en los míos, un minuto más y ya no quedará una arruga en tu bonito rostro; mira... Camila me habia dado ese anillo.

CAMILA, aparte.

Ha arrojado al agua mi sortija.

MARCELINO.

¿Sabes lo que es el amor, Rosita? Escucha; el viento calla; la lluvia de la mañana rueda en perlas sobre las hojas más reanimadas por el sol... Rosita, te juro que te amo, te lo juro por los rayos del sol... por la luz del cielo... Rosita, Rosita, ¿sabes lo que es el amor?

(Se continuará.)



MONTECHIARO, VISTA TOMADA DEL CASTILLO VIEJO.

La fuente de Valeggio.

Hé aquí el dibujo de una fuente de Valeggio invadida por los soldados franceses. Aunque cerca del Mincio, la tropa apenas podía hallar agua para hacer la comida y para refrescarse. La explicación es muy sencilla; Valeggio estaba ocupado por el cuartel general y rodeado de casi todos los cuerpos de ejército. Así las calles se hallaban atestadas con los carros que servían para el abastecimiento, y a pesar de la buena administración francesa, se notaba siempre una confusión imposible de evitar.

En Valeggio hay muchos pozos y fuentes. La que se ve en nuestro grabado estaba enfrente de la casa del autor del dibujo; de modo que desde su ventana ha podido asistir al espectáculo cuya descripción hace en estos términos:

«Por todas las calles que se dirigen á esa especie de plazoleta desembocan soldados de todas armas con vasijas de mil formas para recoger ese líquido apetecido; pero hay que esperar el turno, pues la fuente ha dado mucha agua, y ahora corre despacio. Anádase á esto las estafetas que circulan continuamente, los soldados rezagados que al marchar adonde están sus cuerpos cargados de bagajes, reclaman un poco de agua para que pase el polvo que han tragado; por eso les sirven los primeros, pues el soldado comprende el placer que produce un poco de agua cuando ha hecho una parte de su etapa por caminos empolvados y con un sol de 50 grados por lo menos.

» Acabo de hablar del agua, podría hablar igualmente de todos los comes-

tibles en general, pues presencié á ca la instante invasión de tiendas con un furor extraordinario; aquí es una tahona donde se vende pan blanco que es para el soldado mucho mejor que la galleta de Saboya. Sin embargo, no hay para todos: el tahonero ha cerrado su puerta y pasa los panecillos por la reja después de haber cobrado lo que valen. Mas allá un tendero de comestibles abre la mitad de su puerta y planta el mostrador á la entrada, á fin de habérselas á un tiempo con dos ó tres soldados nada más; la fila de los que esperan es muy larga. El vino se vende por vinateros

ambulantes; pero ¡qué vino! mas de una vez ha sido bautizado.

» No hay tienda de comestibles que no ofrezca un espectáculo curioso.»

El canal marítimo de Suez.

En nuestro número 343 hemos dado á nuestros lectores la inesperada noticia de que el virey de Egipto cediendo á los sordos manejos británicos había mandado la suspensión de las

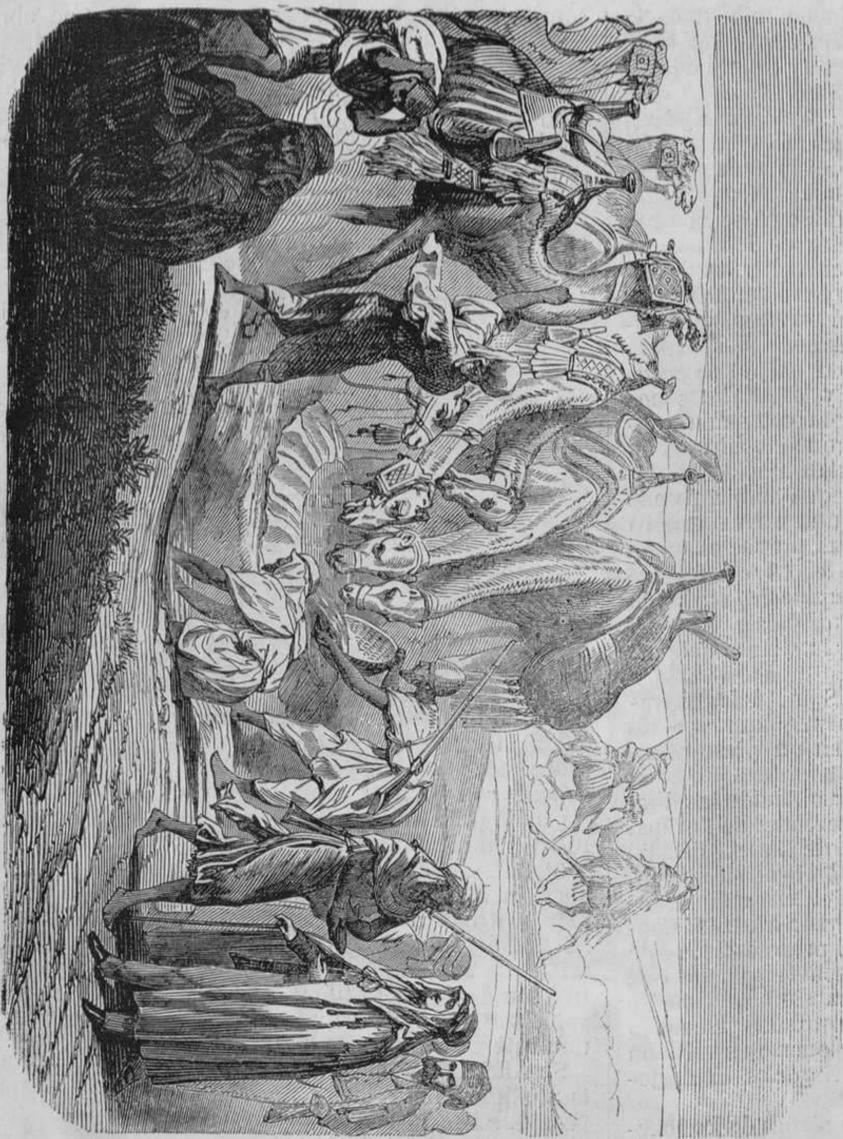
obras principiadas por M. de Lesseps para la abertura del istmo de Suez, hasta que la Puerta expidiera el firman correspondiente. A la susodicha noticia añadimos la traducción de la circular de Scheriff-baja, la comunicación del cónsul de España en Egipto, y la contestación de M. de Lesseps al ministro de Negocios extranjeros en Alejandria; hoy completamos esta serie de documentos con la nota que el promotor de tan grandiosa empresa dirigió posteriormente á S. A. el virey de Egipto.

« Su Alteza respondiendo á la comunicación que M. de Lesseps ha tenido el honor de hacerle de dos cartas dirigidas por él, el 9 y el 12 de junio, á S. E. Scheriff-baja, se ha dignado informarle de que no queriendo entrar personalmente en discusión con él y habiendo tomado un giro político el negocio del canal, le inducía á que se entendiese con su ministro de Negocios extranjeros.

M. de Lesseps no abriga menos deseos que S. A. de no entrar personalmente en discusión, para



DISTRIBUCION DE AGUA A LAS TROPAS FRANCESAS EN LOS PUEBLOS DE LA LOMBARDIA.

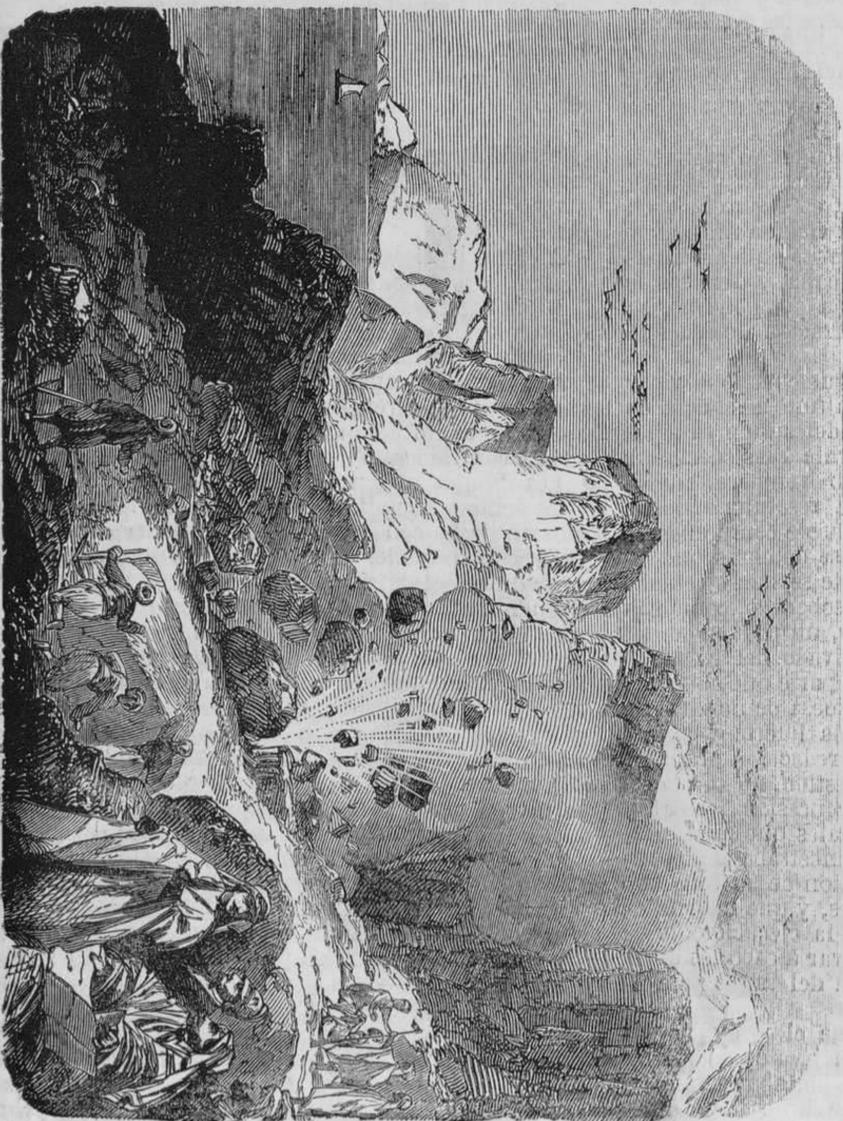


DESCUBRIMIENTO DE AGUA DULCE EN EL DESIERTO.

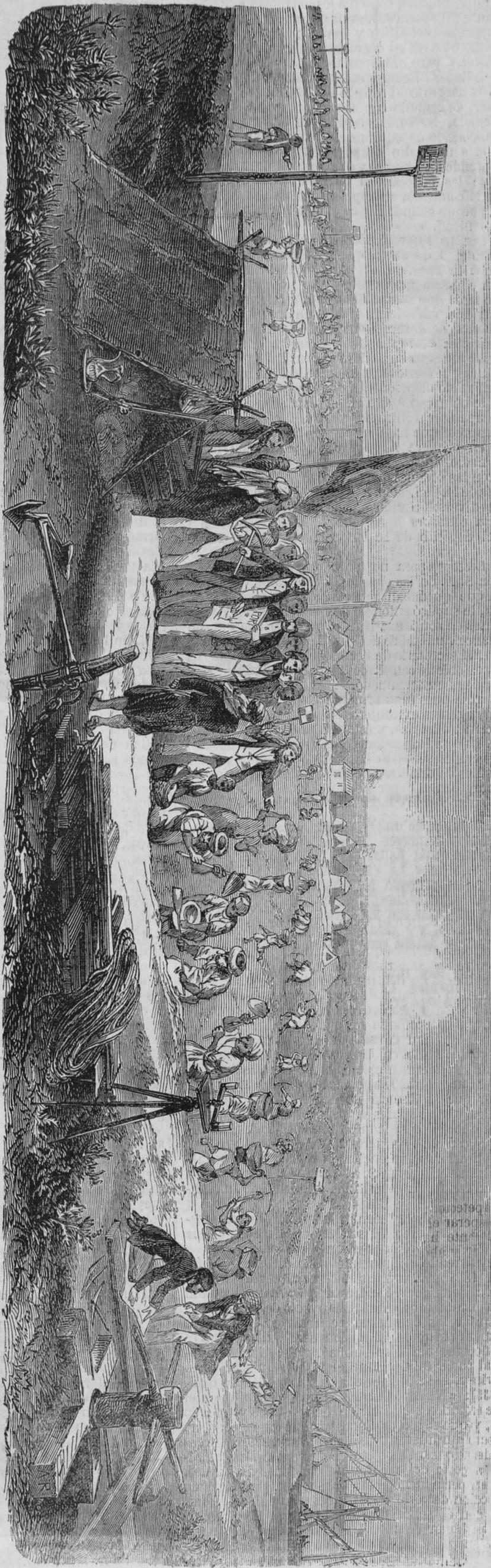
evitar si es posible todo error ó toda discusion. — Su Alteza recordará que M. de Lesseps le habia anunciado directamente por sus cartas de 17 de diciembre de 1858 y 3 de enero de 1859, de las que le acusó recibo, la constitucion y los primeros actos de la compañía rentística que tenia orden de formar bajo el titulo de *Compañia universal del canal maritimo de Suez*.

M. de Lesseps le leyó el mismo dia de su llegada á Alejandria, el 3 de marzo de 1859, una carta escrita el 1º de marzo al gran visir para informarle de las operaciones, que de acuerdo con S. A. iba á principiar y continuar una comision delegada por el consejo de administracion.

Durante la exploracion verificada por la comision en el istmo, se puso á S. A. al corriente con exactitud de todo cuanto se hacia, y M. de Lesseps le trasmitió el 8 de abril copia de los informes dirigidos al duque de Al-



PRUEBA DE MATERIALES ARRANCADOS DE LAS CANTERAS DEL ATAKA.



ABERTURA DEL ISTMO DE SUEZ. — INAUGURACION DE LAS OBRAS EN PUERTO-SAID.

bufera el 23 y el 31 de marzo y el 3 de abril. El último de estos informes contenía los párrafos siguientes:

« Durante mi ausencia algunas equivocaciones entre las autoridades del Cairo y las de Suez ocasionaron entorpecimientos en las operaciones de nuestras canteras del Attaka, pero obviaron todos los obstáculos las órdenes enviadas directa y espontáneamente por el virey. Podeis asegurar al consejo de administracion que continuaré, de acuerdo con los miembros de la comision delegada, haciendo ejecutar en Egipto las decisiones del consejo de administracion... Si no necesitamos en este momento ocuparnos mas que de la fase que comprende los estudios y operaciones preparatorias, es porque las concesiones perfectamente regulares hechas á la compañía se respetan con toda su fuerza y vigor, y porque cuando llegue el caso las explotará en toda su plenitud. »

M. de Lesseps informó además á S. A. en una carta particular del 9 de abril, que el gobierno francés no consideraba la cuestion del canal como política, sino como una empresa mercantil, y que aunque este gobierno no tenía que tomar iniciativa, estaba seguro de que sostendría enérgicamente los intereses franceses (107 millones de francos) empeñados en ella. M. de Lesseps añadía: « En esta situacion suplico á S. A. que no se olvide antes de su partida de dar las órdenes necesarias para que ciertos funcionarios, que últimamente han manifestado disposiciones que podrian comprometerle, no le induzcan á entrar en una errada senda y le hagan aparecer contra su voluntad como enemigo de una empresa que ha creado, por la cual se ha interesado en primera línea y cuya realizacion desea mas que nadie. »

Se dieron las órdenes que se pedian.

La carta de M. de Lesseps á Scheriff-bajá del 9 de junio refiere las diversas circunstancias que siguieron al regreso de la comision á Alejandría, su presentacion á S. A. y el depósito de su informe general del 25 de abril.

M. de Lesseps, para no tener que tratar personalmente con S. A. de las cuestiones de detalle y de contabilidad que quedaban por arreglar entre S. A. y la compañía, le suplicó entonces que designase uno de sus funcionarios de confianza para ponerse en relacion con M. de Chancel, miembro del comité de direccion de la compañía. El secretario de decretos de S. A. recibió sus órdenes y estableció con M. de Chancel conferencias que ni siquiera se han terminado.

Todo seguia pues regularmente y sin entorpecimiento, cuando agentes extranjerios sometieron á S. A. representaciones oficiosas, y estoy en el caso de asegurar que S. A. bajo la impresion de estas representaciones, segun las cuales se pudo creer comprometido por los pasos hostiles de una gran potencia y la abstencion de otra, se creyó en el deber de autorizar las demostraciones de su gobierno contra las cuales tiene derecho á protestar la compañía del canal.

Ha llegado el momento de deponer todo disimulo y establecer con franqueza todas las situaciones. Se ha tratado de persuadir á S. A. de que el gobierno inglés es resuelta y formalmente hostil á la ejecucion del canal, que el gobierno francés al abstenerse deja en libertad á los agentes ingleses de trabajar contra la empresa, y que el Egipto se veria de este modo aislado y desarmado ante los obstáculos que se le crearían. Las comunicaciones oficiales que mediaron á fines de junio de 1855 entre los gobiernos de Francia y de Inglaterra (y desde entonces no han mediado otras), establecieron que la cuestion del canal de Suez era *negocio comercial en el cual no tenia que intervenir la política de ambos gobiernos*, y se acordó que los agentes franceses é ingleses se abstendrian de toda demostracion política en pro ó en contra tanto en Constantinopla como en Alejandría. Si los agentes franceses han cumplido fielmente el deber que les trazó su gobierno, ¿es esto una razon para creer que la Francia no defenderá sus intereses comerciales y particulares eropeñados en la empresa y permitirá que dejen de cumplirse los compromisos sagrados que con ellos mediaron?

Las explicaciones que enciernen concierne especialmente á las relaciones de S. A. con su mandatario ó con la sociedad rentística constituida en virtud de su mandato.

Paréceme útil ahora recordar las principales circunstancias que se refieren á las relaciones de S. A. con la Sublime Puerta sobre la cuestion del canal.

El virey acreditó oficialmente á M. de Lesseps, en febrero de 1855 por una carta especial cerca del gran visir, para autorizarle á entregar á S. A. I. el sultan todos los documentos y el anteproyecto de la empresa, y para tratar las cuestiones relativas á la empresa. Esta primera parte de la mision de M. de Lesseps es muy conocida, hasta se publicó, y el gran visir le entregó al partir de Constantinopla la siguiente carta para el virey, el 12 Djemazul Akher 12,271 (1º de marzo de 1855): « Vuestro humildísimo servidor tiene el honor de exponeros que M. de Lesseps vuelve al lado de V. A., y que segun os dignásteis dárnosle á conocer, es en efecto un huésped que merece por sí toda clase de consideraciones. El objeto de su venida ha sido relativo al negocio del canal, empresa de las mas útiles. Durante su permanencia en Constantinopla he tenido la satisfaccion de verle varias veces y de hablar detenidamente con él sobre muchas materias. He merecido tambien el honor de ser presentado á S. A. el sultan y de ser de su parte objeto de la mayor benevolencia. »

Conforme á la orden imperial relativa á la interesante empresa del canal, la cuestion se halla actual-

mente estudiándose por el consejo de ministros. No pudiendo M. de Lesseps esperar el término de las conferencias, ha decidido partir, pero muy pronto dará á conocer el resultado circunstanciado á S. A. »

Inmediatamente despues de recibir esta carta, el virey dió el 19 de mayo instrucciones detalladas á su mandatario para la formacion y ejercicio de la compañía rentística que habia de encargarse de la ejecucion del canal, y le invitó á que designase en su nombre una comision internacional compuesta de los mas célebres ingenieros de Europa para comprobar los trabajos del anteproyecto y hacer un proyecto definitivo.

Cuando la comision internacional terminó sus estudios y operaciones, el virey confirmó el 5 de enero de 1856 su primer acta de concesion del 30 de enero de 1854, agregando las condiciones y los estatutos necesarios para constituir legalmente la compañía rentística. Todos estos documentos fueron enviados exactamente en tiempo oportuno á Constantinopla.

El virey, en consideracion á lo que habia pasado desde el principio del negocio, vió una nueva prueba de la adhesion de su soberano á sus proyectos en el *Hatti-Humayoun* que se le dirigió el 18 de febrero de 1856, y que le recomendaba se ocupase de la creacion de caminos y canales propios para facilitar las comunicaciones, aumentar los manantiales de la riqueza del pais y atraer los capitales europeos.

En aquella época dió principio S. A. á las operaciones preparatorias del canal de Suez, y anticipó los gastos por cuenta de la compañía en un presupuesto decidido entre él y M. de Lesseps.

A fines de 1857, despues de haber obtenido la adhesion de todas las corporaciones comerciales de Europa, incluso las de la Gran Bretaña, M. de Lesseps decidió ir á Constantinopla á completar el objeto de su mision, y lo verificó de acuerdo con el virey, cuyas instrucciones sucesivas comunicó al gran visir Ali-bajá. Conforme al principio establecido por el predecesor de este elevado funcionario, el difunto Reschid-bajá, de que « la cuestion del canal no era política sino únicamente mercantil y concerniente á la administracion interior, » M. de Lesseps no tuvo necesidad de ponerse en relacion para este objeto con el ministro de Negocios extranjerios de la Puerta.

M. de Lesseps entregó los últimos planes de los ingenieros y los demás documentos al gran visir, con quien negoció durante seis meses, enterándole no solamente de lo que se habia hecho anteriormente, sino tambien de *todo lo que se proyectaba*, como lo atestiguan sus correspondencias, contra las cuales no se le presentó ninguna clase de objecion.

Una de las circunstancias mas notables de esta segunda parte de la mision del mandatario del virey, fué la comunicacion dirigida, tanto á la Puerta como al cuerpo diplomático, de la opinion expresada por el príncipe Metternich y de la aprobacion dada por este ilustre hombre de Estado á la marcha adoptada por S. A. el virey.

Otro hecho importante fué la declaracion hecha en diferentes ocasiones por los ministros de la Puerta de que « no harian oposicion alguna á la ejecucion del canal de Suez en lo que concernia á los intereses del imperio otomano. »

Esta declaracion consta además en una carta dirigida á M. de Lesseps, por el embajador de una de las cinco grandes potencias que garantizaron las estipulaciones orientales de 1841. Esta carta, de fecha del 8 de abril de 1858, cuyo original enseñó al virey M. de Lesseps antes de proceder al llamamiento público de los capitales, lo cual se verificó mas adelante en Constantinopla así como en todos los paises de Europa, está concebida en estos términos: « He visto esta mañana á Ali-bajá y á Fuad-bajá y los he hallado á ambos en las mismas disposiciones, es decir, favorables al canal y deseosos de declarar públicamente que la Puerta no opone por su parte obstáculo alguno á la realizacion de vuestra grande empresa. »

Es por consiguiente indudable que cuando el virey se comprometió por el rescripto adjunto á su acta de concesion á obtener la autorizacion del sultan para las obras de la abertura en lo que concernia á las cuestiones internacionales reservadas para lo venidero, nunca creyó que formulaba una cláusula resolutoria de su concesion, y que en ningun caso puede comprenderse que esta reserva se aplica á la clase de obras que en todos tiempos é incontestablemente se han ejecutado en Egipto sin pedir autorizacion al soberano, como son un dique á orillas del mar, un faro, un pequeño canal para barcas, un canal interior derivado del Nilo, pozos, etc., etc. El virey sabe por otra parte que el mismo M. de Lesseps, para cumplir su promesa de no causarle dificultades en sus relaciones con la Puerta y con los gobiernos extranjerios, propuso y redactó el principio y los términos del rescripto en cuestion, no con la segunda intencion de destruir una concesion formal y abusar de la confianza de los capitales que serian llamados, sino bajo una idea que demostraba la disposicion del virey á adherirse á la opinion de su soberano en las negociaciones internacionales, y que habian de intervenir « como consecuencia de la ejecucion de la empresa » cuando se tratara de llevar á cabo las obras propiamente dichas de la abertura del istmo para la gran navegacion.

Está plenamente demostrado que el virey no ha abrigado jamás hasta el presente la idea de no permitir é interrumpir la serie de operaciones preparatorias que S. A. inauguró, que se continuaron hasta fines de 1858 y se autorizaron para que las continuase la

compañía conforme al programa del consejo de obras debidamente notificado en tiempo oportuno. Finalmente, existe un decreto del virey sobre los obreros egipcios que habia de emplear la compañía, fechado el 20 de julio de 1856, esto es, cuatro meses despues del *Hatti Humayoun* de 18 de febrero, en el cual no se contiene ninguna clase de reserva, y cuyo preámbulo está concebido en estos términos: « Nos Mahomed Said-bajá, queriendo asegurar la ejecucion de las obras del canal marítimo de Suez, hemos resuelto de acuerdo con M. Fernando de Lesseps las disposiciones siguientes... »

Ante los numerosos adversarios que se esfuerzan en desfigurar la cuestion del canal de Suez, esta debe reducirse á sus verdaderos y sencillos términos que son:

1º Admision de la organizacion, de la constitucion y del ejercicio de la compañía rentística del canal, cuya formacion ordenó y autorizó S. A. el virey sin ninguna clase de reserva y sin posibilidad de oposicion. De lo contrario, M. Fernando de Lesseps conserva su cualidad de mandatario del virey, que en este caso está obligado á sostener todo lo que ha hecho en virtud de todos los principios de derecho y especialmente de los artículos 1981, 1998, 1832, 1850, 1134, 1136, 1147 y 1149 del código civil.

2º Continuacion de las operaciones preparatorias principiadas hace cuatro años y continuadas hasta el presente á vista del público y de las partes gubernamentales interesadas.

Puesto que se han elevado quejas sobre este asunto y que la compañía estará siempre dispuesta á evitar dificultades á S. A., esta se halla pronta á definir, de acuerdo con el virey, la índole de aquellas operaciones, tomando por bases las decisiones del consejo de administracion comunicadas en tiempo oportuno á S. A.

3º Cuestion de las obras propiamente dichas de la abertura para la gran navegacion que han de principiarse dentro de dos años únicamente, y cuya ejecucion no podrá por otra parte disputarse á la compañía en virtud de sus derechos adquiridos, pero con cuyo motivo son desde ahora libres de abrir negociaciones los gobiernos que quieran negociar de antemano la cuestion internacional de la neutralidad del istmo.

Su Alteza no habrá dejado de ponerse de acuerdo con la Sublime Puerta, en los cinco años que van á cumplir pronto, sobre lo conveniente á la autorizacion que el virey se comprometió á obtener de su soberano (la cual no se ha dado para la cuestion enteramente idéntica del ferro-carril entre el Mediterráneo y el mar Rojo que convenia á la Inglaterra), y M. de Lesseps le ha secundado en esta tarea hasta hace poco tiempo, al escribir en 1º de marzo al gran visir: « La fase de preparacion permitirá á la Puerta ponerse de acuerdo definitivamente con el virey, por cuanto la política extranjera no tiene derecho á mezclarse en una cuestion de obras interiores favorables al desarrollo de la prosperidad de los pueblos del imperio. »

4º M. de Lesseps, como jefe de una empresa mercantil, no tiene carácter alguno para tratar de asuntos políticos con el ministro de Negocios extranjerios del gobierno egipcio, y cree que equivocadamente se ha querido persuadir al virey de que el negocio ha tomado un giro político que solo podria darse á la cuestion por la intervencion política y oficial de un gobierno extranjerio.

M. de Lesseps habrá que reclamar únicamente la proteccion de quien tiene derecho para defender los intereses que ha reunido en torno del virey por mandato especial, si algun dia llegasen á ser perjudicados en la ejecucion de las decisiones del consejo de administracion.

FERNANDO DE LESSEPS. »

Alejandría 24 de junio de 1859.

M. de Lesseps no se desalienta por ningun género de obstáculos, sosteniéndole como le sostiene la fe en su obra civilizadora.

Las obras del canal no se han interrumpido, y se espera á que el virey se atreva á emplear la fuerza en apoyo de la infraccion de sus compromisos solemnemente contraídos.

Los dibujos que hoy publicamos son anteriores á estas complicaciones. — El primero se refiere á la excursion hecha con dromedarios por la comision en los terrenos concedidos á la compañía, y que el canal de agua dulce debe atravesar hasta el lago Timsah, fertilizando la tierra. Despues de haber reconocido en el lago Timsah el sitio del puerto interior proyectado, la caravana se dirigió hácia el Sur para llegar á Suez. En este trayecto, despues de una larga jornada de fatigas, se coloca nuestro primer dibujo.

Los árabes buscan un antiguo pozo cegado por la arena y acaban por hallarle. Practican excavaciones con las manos, y en breve aparece el agua. Un pilon formado con arena mojada y guarnecido interiormente con una capa árabe, forma un recipiente donde arrojan el agua que sacan del pozo. Los dromedarios se precipitan á beber.

Habiendo llegado á Suez la caravana, M. de Lesseps y la comision se dirigen á las montañas del Attaka. Dias antes algunos trabajadores europeos se habian instalado en una vasta tienda y se ocupaban en buscar los materiales propios para la ejecucion de las grandes obras del puerto de Suez. En presencia de la comision hicieron una prueba y ella forma el asunto de nuestro segundo dibujo.

De vuelta en el Cairo se organizó otro viaje al extremo opuesto del canal, y la comision guiada por su

incansable jefe, se embarcó en Beuha con dirección á Damietta.

Después de haber visitado el lago Menzaleh, la comisión se halló reunida en Puerto-Said, un poco al Oeste del sitio de la antigua Pelusa en el Mediterráneo. En ese sitio de la costa que lleva ya el nombre del príncipe promovedor de la obra, pasó la imponente ceremonia que se ve figurada en nuestro dibujo.

Allí el lunes de Pascua de 1859, M. de Lesseps inauguró solemnemente las obras dando el primer golpe de pico en el cordón litoral que separa el lago de la mar. Todos los obreros árabes que se hallaban dispuestos para el caso comenzaron seguidamente á trabajar la tierra con ardor; los matorrales desaparecieron en un momento, y la tierra dejó filtrar en muchos sitios las aguas del mar y las del lago, que desde entonces pueden considerarse como reunidas.

A la ceremonia asistían todos los miembros de la diputación del consejo de administración en Egipto.

La Hija del mar.

CUENTO

POR D. E. LLOFRU Y SAGRERA.

(Continuación).

Su voz había enmudecido como las avejillas ante la borrascosa tormenta.

Rosa no había perdido su costumbre. Al salir el sol le veía todas las mañanas aparecer en el horizonte; pero eran mas pálidos sus rayos: el mar estaba mas oscuro, el cielo no tan azul como entonces. ¿Pues y las flores?... Las flores iban perdiendo su color como ella: místicas sus hojas, las veía caer una por una, y exclamaba entre suspiros: ¡No volverán... no volverán... como él... no volverán!...

IX.

Mucho tiempo trascurrió sin que hubiese noticias del ausente. Mas un día, á la hora en que el crepúsculo empieza á anunciar los misterios de la noche, había una jóven al lado de pobre y desvencijada mesa, leyendo en alta, pero conmovida voz, una carta.

Era Mariana.

La tía Matea escuchaba la lectura como si de ella pendiese su vida entera. En cada palabra había un latido para su corazón, y en cada letra un consuelo para su alma.

Algunos pescadores estaban oyéndola con religioso silencio.

Y no faltó algun anciano que no llevase la mano á sus ojos, para ocultar una lágrima que se deslizaba traidoramente por su rugosa megilla.

En aquella carta, que ya no cabe duda fuese de Lorenzo, daba noticias de su viaje, no muy feliz, y de su llegada á Oran, en donde su padre le había insinuado el proyecto de marchar á América.

Que iban á salir de un día para otro.

Que cuidasen de su infeliz madre.

Mas desgracias aun, mas desconsuelo venia á inclinarse la frente de aquella esposa, de aquella madre infortunada.

Hasta entonces era posible la esperanza.

Mariana abrazó á su tía sin poder reprimir el sentimiento.

Los pobres marineros que presenciaban la escena se alejaron contristados.

América, para ellos que nunca habían atravesado otros mares que los que alcanzaban con la vista, para ellos que veían toda su felicidad en aquellas arenosas playas, era una tumba, un monstruo que devoraba á los tristes ausentes de su patria.

La madre y la prima de Lorenzo veían mas negro su porvenir: creían como cosa segura perderle para siempre.

Rosa tenia por costumbre visitarlas todas las noches.

Aquella noche vino mas pálida que otras veces, porque había recibido tambien otra carta.

Estrechó la mano á Mariana, y se cambiaron una mirada de amargo dolor.

Eran dos tiernas flores cuyos débiles tallos se inclinaban á impulsos del huracan, y que se prestaban mútuo apoyo para ser arrebatadas juntamente.

Mariana había perdido desde mucho tiempo la esperanza de ser acariciada por la brisa de las ilusiones.

Rosa la perdía entonces. La primera ocultaba su amor, pero no sus lágrimas: su amor, que vivía de los suspiros del alma, y que se conservaba en ella á través de las borrascas del mundo, como la perla oculta en la nacarada concha por las olas combatida. La segunda encontraba en el seno de su amiga un tesoro de cariño, y buscaba en sus dulces palabras el consuelo que como un rayo de luz hacia brillar por un momento en su corazón la imagen de un porvenir risueño.

En tanto que la pobre madre solo soñando veía muchas veces la felicidad.

¡Cuántas noches Mariana, que dormía próxima á la cama de aquella pobre mujer, oía entre dolorosos gemidos el nombre de Lorenzo, y se levantaba como sobre recogida de loco frenesí queriendo engañar con mentidas ilusiones la triste realidad...

Así iba pasando el tiempo y los años rápidos se des-

lizaban marcando su profunda huella en la decrepita Teresa, que veía escapársele la vida sin sentirlo, entre los halagos de su hija adoptiva que temía desapareciese de la tierra aquella alma sublime y generosa. La estrechaba en sus brazos é imprimiendo con sus rojos labios tiernos besos sobre aquella frente coronada por los años é iluminada con la aureola de las virtudes, creía infundirle con ellos la vida de su corazón, el aliento de su juventud.

X.

La ambición del hombre, que siempre es el norte de sus actos, le hace llegar á esos grandes descubrimientos con que se enseñoorea del espacio y pretende dominar el tiempo.

Por eso las distancias desaparecen; por eso hace correr la palabra con la velocidad del rayo, y aspira á sujetar los elementos todos á su audaz inteligencia.

Mas para ello necesita medios materiales, medios materiales que el escritor reduce á cero desde la mesa en que escribe. Desde allí, dueño del tiempo y del espacio, toma las cosas de donde quiere y las lleva á donde place á su voluntad. Atraviesa distancias, hace pasar ante su imaginación los acontecimientos como en un variado panorama, y con la posible economía hace viajar á sus lectores sin riesgo de funestísimos descarrilamientos y violentos choques.

No os extrañe el preámbulo precedente, porque yo, enemigo de ciertos preámbulos célebres y de determinadas digresiones inconducentes é indigestas, he tenido que valerme de él para deciros que vamos á pasar muchos años en nuestra mal coordinada historia; que hemos de dejar en blanco largo período de tiempo, porque nada ocurrió durante su trascurso que pueda interesarnos.

Dejemos á Lorenzo en América con su padre, deseando volver á la pobre cabaña en donde su madre enjugara las primeras lágrimas que derramó; á su barquilla pescadora, desde cuyo centro había tantas veces bendecido al sol, que con sus rayos de oro venia á iluminar la casa en donde moraba la virgen de su primer amor.

Tambien hemos de abandonar el pueblecillo de Santa Pola, en donde por mucho tiempo no ocurrió cosa particular.

XI.

Estamos en la ciudad de Alicante, llamada por una de nuestras notabilidades primeras, LA MILLOR TERRA DEL MON.

Si quisiera cansar á mis lectores indulgentes, espetaría á renglón seguido una interminable descripción de esa capital de provincia con aspiraciones de cortesana, de lo que Dios la libre por muchos años. Que bien se está ignorada con su comercio y agricultura, sin mas deseos que los de la prosperidad del país, y ni envidiada ni envidiosa.

Yo hablo de lo que era hace algunos años.

Porque al presente despierta al áspero silbido de la locomotora, y ya se remonta su ambición hasta las nubes.

Alicante, algunos años atrás, cuando se necesitaban quince dias de camino para aproximarse á la coronada villa del madroño, vivía mecida al suspiro de las brisas en una infancia venturosa.

El murmullo de las aguas que su playa besan, la adornaba en el sueño de la inocencia. Respiraba el aroma de sus flores, rodeada de jardines y guardada por el castillo, ese constante centinela, esa pesada mole que impávida ha presenciado todas las épocas de su vida, atormentándola con su peso cuando ha pretendido levantarse del polvo en que yacía.

No se me llame estacionario porque veo cierta felicidad en la infancia de un pueblo; porque le contemplo libre de ambiciones, sin ese afán que en la juventud le desvela y en el invierno de sus años le hará morir. Yo no hago sino exponer los hechos.

Como no es mi fuerte la filosofía, voy á pasar por alto cuantas reflexiones se me ocurran.

No pretendo despertar la cólera de algun Aristóteles de nuestros dias, de esos que llevan la ciencia completamente adherida á los quevedos.

Han pasado ocho años desde que suspendimos la narración, y nos hemos trasladado á Alicante.

Las serenas aguas del Mediterráneo la bañan por la parte del Mediodía y Oriente, formando argentina diadema á la deidad marítima que canta su belleza al respirar suave de las brisas. Esa ciudad privilegiada va á ser teatro de los acontecimientos que terminen el mal perjeñado cuento que estoy comprometido á concluir, según los datos que se ofrezcan á mi consideración.

Pues bien; hay en la ciudad mencionada un comerciante acaudalado que no es orgulloso ni avaro, cualidad que debiera distinguir á todos los ricos y á los comerciantes todos. No tiene mas familia que una hija, en que cifra su felicidad y su ventura, porque es digna del amor de los ángeles.

Un día que se hallaba esta con su padre oyendo contar las desventuras que habían acibarado los dias de su existencia, sintióse llamar á la puerta y apareció una jóven, triste y macilenta, pero llevando en los labios esa sonrisa celestial de los que padecen y esperan. Pedía amparo y protección. Había llegado á su noticia que faltaba una doncella de labor á aquella señorita, y deseaba trabajar para vivir.

Milagro, este era el nombre de la hija del comercian-

te, lanzó una mirada de compasión á aquella desgraciada criatura.

Esa mirada misteriosa penetró el alma de la jóven é hizo brillar en sus ojos una lágrima. Su corazón se había estremecido á impulsos de un sentimiento de ternura incomprensible.

— ¿Cómo te llamas, querida? la preguntó Milagro.

— Rosa, respondió la jóven temblando.

El padre y la hija cambiaron una mirada de inteligencia, y esta se dirigió á la jóven recién llegada con ese acento cariñoso de que solo es capaz una mujer, uno de esos ángeles cuya patria es el cielo y que nos dan en la tierra, con una de sus sonrisas, un destello de la eterna felicidad.

— Pues bien, Rosa, la dijo esta, desde hoy hallarás en nosotros tu protección y tu amparo. ¿No tienes padres?

— No, señora, respondió arrodillándose á los piés de la jóven y besando sus manos que regaba con lágrimas del corazón. No tengo padres: nunca los he conocido, y los dos seres generosos que me adoptaron han desaparecido de la tierra, dejando en mi alma un vacío que nadie podrá llenar.

Otro recuerdo aumentaba su dolor entonces: el recuerdo de Lorenzo. Nada se sabía de él. Quizá el olvido horrora de su memoria la imagen de Rosa que nunca le apartó de su alma.

(Se concluirá.)

El príncipe de Metternich.

Clemente Wenceslao Nepomuceno Lotario, príncipe de Metternich, el decano de los hombres de Estado de Austria, nació en Coblenz el 15 de mayo de 1773, y descendía de una de las mas ilustres familias del país. A la edad de quince años pasó á estudiar en la universidad de Estrasburgo; fué su profesor el célebre de Kock, y tuvo por condiscípulo á Benjamin Constant. Sus estudios de derecho los hizo en la universidad de Maguncia. En 1790 desempeñó el cargo de maestro de ceremonias cuando la coronación del emperador Leopoldo II. En 1794, de regreso de un viaje á Inglaterra y de la primera misión que se le confió en Aix-la-Chapelle (Aquisgram), este diplomático de veinte y un años contrajo matrimonio con la condesa Leonor de Kaunitz, sobrina y heredera del célebre ministro de este nombre.

Siendo secretario del congreso de Rastadt, donde representaba el colegio de los condados de Westfalia, Metternich llamó la atención del emperador Francisco I, quien le nombró primeramente agregado á la embajada del conde Stadion á San Petersburgo, después ministro de Austria en la corte de Dresde, luego en la de Berlín, donde preparó, de 1803 á 1804, la coalición que fué disuelta por la victoria de Austerlitz, y finalmente le encargó en 1806 que representara la corte de Austria cerca de la corte de Napoleon. Su juventud, su elevada cuna, la distinción de sus maneras, su bella fisonomía y su amena conversacion le hicieron conquistar mucha influencia y hasta ganar las buenas gracias del emperador, que veía en él una especie de personificación del espíritu y de las ideas francesas en Austria. Por su parte, Metternich demostró durante tres años el mas vivo entusiasmo por el genio de Napoleon y simpatías por la Francia; y hasta afectaba separarse en algunos puntos de la opinión de su gobierno. Cuando creyó llegado el momento oportuno, «se hizo quitar la embajada;» pero la destrucción del Austria en Wagram dejó frustrada por primera vez su política.

Irritado Napoleon de haber sido burlado de este modo, hizo conducir á Metternich á la frontera por la gendarmería; pero el diplomático supo ganar de nuevo en las conferencias de Schoenbrunn las buenas gracias del conquistador. Después del tratado de Viena, fué nombrado canciller de Estado y presidente del Consejo; entonces concibió la primera idea del enlace de Napoleon con una archiduquesa austriaca, condujo á María Luisa á Francia, y consiguió su objeto, que era crear disensiones entre Francia y Rusia. La catástrofe de Moscú y el revivamiento de la nacionalidad alemana alentaron á Metternich en su proyecto y en su esperanza de una resurrección del Austria.

Los historiadores están acordes en decir que su patriotismo no fué escrupuloso en cuanto á los medios. En el congreso de Praga y en la defección del Austria se hizo patente esa habilidad diplomática en que para nada influía la conciencia. Dió primeramente á la neutralidad de su país la actitud de una *mediación armada*; después, en una entrevista célebre, puso á Napoleon por precio de su alianza condiciones inaceptables, y finalmente declaró la guerra á la Francia. El 9 de setiembre de 1813, Metternich firmó en Toplitz la adhesión del Austria á la coalición. En la tarde misma de la batalla de Leipsick, el emperador Francisco I le confirió el título de príncipe para sí y sus descendientes. Metternich desplegó la mayor actividad diplomática en las conferencias sucesivamente inútiles de Francfort, Friburgo, Basilea, Langres y Chaumont, y finalmente dirigió el congreso de Chatillon que tampoco dió resultado alguno. Partidario de la dinastía napoleónica, según unos, y comprometido ya, según otros, con los Borbones, dejó, después de la capitulación de París, que resolviera la cuestión el emperador Alejandro de Rusia.

Después de un viaje á Inglaterra, donde renovó el tratado de la cuádruple alianza y recibió de la universidad de Oxford el título honorífico de doctor, el príncipe de Metternich presidió el congreso de Viena, que es verdade-

ramente obra suya. A él debe la Alemania su restauración feudal. Fué plenipotenciario del Austria en la segunda paz de París (20 de noviembre de 1815), así como en los congresos de Aquisgram (1818), de Carlsbad (1819) y de Troppaw y de Laybach (1820), en los cuales se proclamó bajo toda clase de formas el derecho divino. Nominado en 1821 canciller de Estado, representó nuevamente al Austria en el congreso de Verona en 1822, y en 1826, muerto el conde de Vichy, ocupó la presidencia del Consejo de Negocios extranjeros. La causa de los griegos en 1824 encontró un enemigo en el príncipe de Metternich, pues temía, no sin fundamento, el engrandecimiento del poder ruso en perjuicio de la Turquía. La revolución de julio que podía desbaratar su obra le causó recelos en un principio; pero tranquilizóse al reconocer en Luis Felipe un rey prudente, y previó que se dejaría sofocar, sin gastar mas que palabras, el último esfuerzo de las nacionalidades italiana y polaca.

Con la muerte del emperador Francisco I, ocurrida en 1835, nada perdió el príncipe de Metternich de su influencia.

Acompañó al nuevo emperador Fernando en las conferencias de Troppitz y Praga, cuyo objeto era consolidar la alianza entre el Austria, la Prusia y la Rusia. El fué también quien contribuyó mucho, con motivo de las cuestiones de Oriente en 1840, á separar á la Francia del acuerdo europeo, á excluirla del tratado de 15 de julio, y á renovar contra este país la alianza de Inglaterra y Rusia, tan contraria á los principios ya que no á los intereses de ambas potencias.

Al mismo tiempo reprimía el príncipe de Metternich en el interior todo movimiento de vida nacional. En 8 de junio de 1815 destruyó con su acta federal las promesas de 1813, y durante treinta y tres años gobernó con la policía y la censura. Pero este gran preboste de la Europa, que se lisonjaba de haber vencido para siempre lo que llamaba el *motín de 89*, vió por un momento desvanecerse su obra con la revolución de 1848. Los movimientos húngaros é italianos, seguidos del alboroto popular del 18 de marzo en Viena, derribaron al omnipotente ministro. Salíó de Austria fugitivo, y logró no sin trabajo pasar á Inglaterra, donde pudo reunirse su familia, en tanto que se ponían en



EL PRINCIPE DE METTERNICH.



ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE ITALIA. — LOS ZUAVOS LAVANDO.

secuestro sus principales propiedades.

A fines de 1849 pasó á establecerse en Bruselas, desde donde renovó sus relaciones con todos sus amigos. El triunfo de la contra-revolución le permitió regresar á Viena en 1851. El emperador Francisco José pasó á visitarle; el año anterior había recibido también la visita del rey de Prusia en su quinta de Johannisberg. Se asegura que posteriormente el patriarca de la diplomacia europea no ha sido completamente extraño á las inspiraciones de la política del conde Buol, y distintas veces hubode pronunciarse su nombre con motivo de la intervención austriaca en la guerra de Oriente.

En resumen, hé aquí los principios con que el príncipe de Metternich ha gobernado durante mas de cuarenta años: imperio federativo y protectorado católico del Austria, neutralidad armada, derecho divino é irresponsabilidad de los reyes, destrucción de toda iniciativa nacional, y en todas partes y siempre *statu quo* absoluto. La inmovilidad le ha parecido la única condición de duración para un imperio tan heterogéneo como el Austria. Ha dominado la Hungría por la rivalidad de razas, y la Italia por el temor del Spielberg. Una política de esta naturaleza, conservada durante unos cuarenta años, y sobre todo en medio de tales crisis, denota al menos una ciencia profunda de los hombres y de los tiempos. Pero «la autoridad,

dice Chateaubriand, proviene del genio del gobernante ó de la medianía del gobernado, y esto es lo que falta analizar en el príncipe de Metternich.»

Duque de Portella, señor de Johannisberg, grande de España de primera clase, el príncipe de Metternich había recibido pensiones y cruces de casi todos los soberanos de Europa. El emperador de Austria le había dado el derecho de llevar en sus armas las de la casa de Lorena. Había contraído tres veces matrimonio. De su primera esposa, muerta en 1819, tuvo tres hijas. En 1827 se enlazó con la baronesa de Leykam-Bellstein, que murió dos años después, dejándole un hijo, Ricardo de Metternich, que á la edad de veinte y cinco años fué nombrado embajador de Austria en Dresde. Finalmente, casó en 1831 con la condesa Melania de Zichy-Ferraris, que murió en 1854, y de la que ha tenido dos hijos, Pablo y Lotario de Metternich. Murió el 11 de junio de 1859.